

REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

DIARIO DE SESIONES DE LA ASAMBLEA GENERAL

SEGUNDO PERIODO ORDINARIO DE LA XLVI LEGISLATURA

5ª SESION EXTRAORDINARIA

PRESIDE EL SEÑOR RODOLFO NIN NOVOA
(Presidente)

ACTUAN EN SECRETARIA LOS TITULARES ARQUITECTO HUGO RODRIGUEZ FILIPPINI, DOCTOR MARTI DALGALARRONDO AÑON, DOCTOR JOSE PEDRO MONTERO Y LA PROSECRETARIA ESCRIBANA CLAUDIA PALACIO

SUMARIO

1) TEXTO DE LA CITACION

"Montevideo, 1º de junio de 2006.

La ASAMBLEA GENERAL se reunirá en sesión extraordinaria, el próximo martes 6 de junio, a la hora 15, a efectos de realizar un homenaje a los ex-Legisladores Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz.

Marti Dalgalarrondo Añón
Secretario

Hugo Rodríguez Filippini
Secretario."

2) ASISTENCIA

ASISTEN: los señores Senadores **Washington Abdala, Sergio Abreu, Isaac Alfie, Enrique Antía, Carlos Baráibar, Alberto Cid, Alberto Couriel, Eber Da Rosa, Eleuterio Fernández Huidobro, Francisco Gallinal, Luis Alberto Heber, José Korzeniak, Gustavo Lapaz, Julio Lara Gilene, Jorge Larrañaga, Ruperto Long, Eduardo Lorier, Rafael Michelini, Carlos Moreira, Leonardo Nicolini, Gustavo Penadés, Margarita Percovich, Eduardo Ríos, Enrique Rubio, Jorge Saravia, Lucía Topolansky, Víctor Vaillant** y **Mónica Xavier**; y los señores Representantes **Pablo Abdala,**

Alvaro Alonso, Pablo Álvarez López, José Amorín Batlle, **Beatriz Argimón, Roque Arregui, Miguel Asqueta Sóñora, Alfredo Asti, Manuel María Barreiro, Juan José Bentancor, Bertil R. Bentos, Gustavo Bernini, Daniel Bianchi, José Luis Blasina, Gustavo Borsari Brenna, Sergio Botana, Eduardo Brenta, Juan José Bruno, Diego Cánepa, Rodolfo Caram, Germán Cardoso, José Carlos Cardoso, Julio Cardozo Ferreira, Federico Casaretto, Alberto Casas, Hebert Clavijo, Roberto Conde, Mauricio Cusano, Richard Charamelo, Silvana Charlone, Álvaro Delgado, Juan José Domínguez, David Doti Genta, Carlos Enciso Christiansen, Gustavo A. Espinosa, Sandra Etcheverry, Julio César Fernández, Luis José Gallo Imperiale, Carlos Gamou, Jorge Gandini, Javier García, Nora Gauthier, Carlos González Álvarez, Rodrigo Goñi Romero, Gustavo Guarino, Tabaré Hackenbruch Legnani, Uberfil Hernández, Doreen Javier Ibarra, Pablo Iturralde Viñas, Liliam Kechichián, Luis Alberto Lacalle Pou, Fernando Longo Fonsalías, Guido Machado, José Carlos Mahía, Daniel Mañana, Rubén Martínez Huelmo, Carlos Maseda, Carlos Mazzulo, Jorge Menéndez, Gonzalo Mujica, Gonzalo Novales, José Quintín Olano Llano, Jorge Orrico, Edgardo Ortuño, Ivonne Passada, Jorge Patrone, Daniela Payssé, Daniel Peña Fernández, Adriana Peña Hernández, Alberto Perdomo Gamarra, Aníbal Pereyra, Darío Pérez Brito, Esteban Pérez, Pablo Pérez González, Enrique Pintado, Iván Posada, Jorge Pozzi, Nelson Rodríguez Servetto, Jorge Romero Cabrera, Luis Rosadilla, Javier Salsamendi, Alberto Scavarelli, Víctor Semproni, Carlos Signorelli, Juan C. Souza, Héctor Tajam, Hermes Toledo Antúnez, Daisy Tourné, Mónica Travieso, Jaime Mario Trobo, Carlos Varela Nestier, Álvaro Vega Llanes, Homero Viera** y **Horacio Yanes.**

Faltan: con licencia, el señor Senador **Julio María Sanguinetti**, y los señores Representantes **Nora Castro, Alba M. Cocco Soto, Daniel García Pintos, Alvaro F. Lorenzo y Edgardo Rodríguez;** y con aviso, los señores Senadores **Juan Justo Amaro** y **Susana Dalmás.**

3) HOMENAJE A LA MEMORIA DE LOS EX-LEGISLADORES ZELMAR MICHELINI Y HECTOR GUTIERREZ RUIZ

SEÑOR PRESIDENTE.- Habiendo número, está abierta la sesión.

(Es la hora 15 y 15 minutos.)

SEÑOR PRESIDENTE.- La Asamblea General está reunida para realizar un homenaje a los ex-Legisladores Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz.

Tiene la palabra el señor Legislador Iturralde.

SEÑOR ITURRALDE.- Señor Presidente: en nombre del Partido Nacional habíamos resuelto realizar un homenaje a don Héctor Gutiérrez Ruiz al conmemorarse los treinta años de su muerte. Cuando tomamos conocimiento de que el Nuevo Espacio estaba por plantear un homenaje a Zelmar Michelini, nos pareció que la mejor manera de homenajear a estos hombres era hacerlo en conjunto y en la Asamblea General. Esa es la razón por la cual hoy nos encontramos reunidos aquí.

El homenaje a los hombres que fueron parte de un Partido y que se sintieron profundamente enraizados con sus Partidos tiene mucho más sentido cuando se hace en conjunto, porque los muertos por la libertad dejan de pertenecer a sus Partidos. Así lo sentimos y así lo quisimos hacer.

Quiero recordar la vida de estos dos hombres indisolublemente ligada a la de Wilson Ferreira Aldunate, aquel tercer hombre contra quien se iba a atentar, luchando por las libertades, como símbolo político de aquella entrega permanente y sin pausas que los caracterizaba.

Quiero recordar a Héctor Gutiérrez Ruiz y también a Zelmar Michelini a quien tuve el honor de reencontrarlo en el año 1973, en Buenos Aires, ya que de niño lo vi muchas veces con mis padres en la casa de amigos comunes. Recuerdo a "el Toba", un hombre cristiano, convencido de la vida política y de la solidaridad permanente, un luchador por las causas de integración latinoamericana y admirador de la integración política.

Quiero recordar a Zelmar también como hombre que más allá de su partido, siempre se encontraba pronto a brindar su voto cuando era necesario, como lo hizo cuando al Partido Nacional le faltaba algún voto para aprobar una Ley de Presupuesto.

Fueron Legisladores que tuvieron una profunda actividad. Fueron hombres que siempre buscaron la coincidencia y que en el exilio trabajaron con muchos jóvenes para construir un espacio político donde las coincidencias fueron lo más importante.

Hace unos años, en un homenaje que el Centro de Estudiantes de Derecho, a instancias de la CGU, le hacía a "el Toba" y a Zelmar, Wilson nos decía que él le había dicho una vez a los muchachos del Movimiento Universitario Nacionalista y a sus compañeros políticos, cuando él no estaba en el Senado, que miraran a Zelmar porque cuando lo vieran votar a él, seguramente podían llegar a tener alguna discrepancia, pero era garantía de la certeza del pensamiento y de la honestidad con que se movía. Wilson nos decía también que estos dos hombres intercambiaban muchas cosas, sobre todo billetitos y caramelitos, tratando de compensarse con una dulzura particular puesta en una golosina, la simpatía y el acuerdo que ellos tuvieran.

Simbólicamente los filósofos griegos pregonaban la verdad de que todas las muertes no son iguales: algunos se extinguen de una sola vez, otros se sueldan en el recuer-

do durante mucho tiempo y están aquellos que renacen en la inmortalidad. Estos hombres son de los que renacen en la propia inmortalidad.

Zelmar Michelini fue aquel hombre que siempre quiso construir los consensos necesarios para elaborar las políticas de largo plazo, y mucho más que marcar las diferencias quiso construir un país diferente.

Recuerdo que en el exilio Wilson Ferreira Aldunate nos dijo en la Casa de la Unión Cívica Radical: "Quiero para Zelmar y para "el Toba" que se nos cuente qué fue lo que pasó porque no fueron hombres matados al azar sino que fue una elección concreta, donde los militares sabían exactamente lo que hacían, sabían por qué se los llevaban a ellos". Y yo agrego que también sabían por qué se quisieron llevar a Wilson.

El nos decía que ni con el resto de la vida de sus asesinos en la cárcel podría compensar el dolor que le significaba no poder contar con ellos un ratito más, aunque sea por un instante.

Fueron compañeros de todas las horas y solidarios con todos los uruguayos, como saben todos aquellos que recurrían al "Tortoni" porque sabían que los encontraban tomando un café y que les podían pedir lo que fuera.

Hace poco contaba un amigo de "el Toba" que cuando había vendido un campo y un correligionario suyo le fue a llevar el dinero, salió a recorrer distintos lugares de Buenos Aires y que cuando Enrique Schwengel le preguntó qué estaba haciendo, él le contestó: "Vine a pagar las deudas de algunos compañeros y amigos que si no pagan la pensión se van a tener que ir de ahí porque son exiliados y pobres".

Distintos protagonistas de aquella época nos han contado que "el Toba" fue un hombre que siempre trató de salvar a los necesitados. Una vez, cuando ya estaba por venir la dictadura, le dijeron que en una seccional del Partido Comunista estaban las Fuerzas Armadas y allí fue para salvar a estos protagonistas.

Personalmente tuve la suerte de contar con su amistad, aunque no directamente con él sino a través de su esposa y de sus hijos. Recuerdo que la primera vez que vi al desaparecido Marquitos -amigo entrañable- en plena dictadura, en un cumpleaños de Carlos Julio, cuando todos ovacionábamos el nombre de su padre, él nos saludaba uno a uno con la entereza física de los grandes. Insisto, pude cultivar con él una gran amistad.

Días atrás, leyendo el semanario "Brecha" recibí una lección de vida al escuchar lo que decía otro de sus hijos, Juan Pablo, que nos manifestaba que no guarda rencor a los asesinos y que lo único que quiere es que no se repitan nunca más estas cosas a lo largo de la historia del Uruguay. Realmente, que uno de sus hijos diga eso y que tenga esa visión cristiana y profunda del perdón -como señala, porque ya los perdonó- es algo que nos conmueve porque ahí está la prueba de que la vida de "el Toba" no pasó en vano, sino que también como padre supo generar esos sentimientos que vivimos en sus hijos.

A Zelmar tuve la suerte de conocerlo en la época de la Federación de Estudiantes Universitarios a través de mi amistad con Felipe durante mi actividad en el Secretariado Ejecutivo de la FEUU y actualmente con el compañerismo de Rafael.

En ellos, el sistema político uruguayo debe simbolizar a los políticos de raza, que sienten que tienen que hacer las cosas más allá de las ventajas que puedan obtener. Fueron hombres entregados que todo lo dieron y que en definitiva nada pidieron a cambio; sólo supieron dar por este país.

Este Parlamento les debe un homenaje en Buenos Aires; creo que tenemos que buscar alguna manera de homenajear a dos de los mejores de los nuestros en Buenos Aires, poniendo alguna placa que recuerde a estos dos grandes luchadores.

En un homenaje que "el Toba" hacía a Pedro Albizu Campos dijo una frase que quiero relacionar con un episodio que muestra enteramente lo que supo generar en sus amigos. Nos decía Wilson que aquellos que trabajaban con él en su almacén descubrieron que, entre que se iba una guardia de la Policía y llegaba otra, había un interregno de 10 ó 15 minutos, por lo que decidieron entrar en ese ínterin para sacar la banderita de los 33 Orientales que "el Toba" tenía. Wilson les preguntó por qué lo hacían y le dijeron que era porque aquellos hijos de tal por cual podrían haberse llevado su vida pero no se iban a llevar además esa banderita. Cuando "el Toba" recordaba a Albizu Campos decía que ese maestro les había enseñado que la bandera había que mantenerla siempre en alto. Entonces, por ellos, tenemos que mantener en alto las banderas de la democracia, de la libertad y de la solidaridad, en la lucha por todos nuestros compatriotas.

Creo que ellos no se fueron; ellos están acá. Cuando nosotros miramos el Río de la Plata que besa las dos orillas sentimos que ellos van y vienen, recordándonos la pasión y la tormenta con que desplegaron su actividad en esta noble profesión de la política.

Quiero terminar recordando a un poeta, al igual que lo hacía "el Toba", cuando homenajeaba a Albizu Campos, el gran luchador por la independencia puertorriqueña. El decía: "Si me muero, que me muera/ con la cabeza muy alta./ muerto y veinte veces muerto/ la boca contra la grama/ tendré apretados los dientes/ y decidida la barba./ Cantando espero a la muerte,/ que hay ruiseñores que cantan/ encima de los fusiles/ y en medio de las batallas".

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Continuando con el homenaje, tiene la palabra el señor Legislador Couriel.

SEÑOR COURIEL.- Señor Presidente: realmente tengo mucho gusto de participar en este homenaje a los ex-Legisladores Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz. Básicamente voy a hacer referencia a Zelmar porque fue al que conocí, con el que estuve cerca y del que me sentí amigo.

En este momento es un honor, un orgullo y un privilegio poder hablar nada más y nada menos que de uno de los grandes políticos del Uruguay. Fue un orador excepcional, de claros principios democráticos y, además, un extraordinario ser humano.

Estamos a treinta años de la muerte de ambos Legisladores y en un momento muy importe de la vida de la sociedad y de la política uruguaya. Están saliendo a luz cosas nuevas en el terreno de los derechos humanos, que fue una de las materias de máxima intensidad en las denuncias de Zelmar y de "el Toba". Estamos viviendo una etapa en la cual hay nueva información, de los propios militares, acerca de cuerpos enterrados, de cuerpos identificados, de nuevos vuelos, etcétera, donde la verdad comienza a salir a luz. Sin ninguna duda, es bueno que ocurran estas cosas, ya que tanto debemos a Zelmar y a "el Toba" por todas las denuncias que hicieron durante muchos años en materia de derechos humanos.

Por otra parte, importa resaltar cómo era el Uruguay de aquellos últimos veinte años de vida de Zelmar y "el Toba". Fue un período extremadamente complejo y difícil, en el cual el Uruguay comenzaba a dejar de ser la "tacita de plata", la "Suiza de América" o la "tierra purpúrea", y empezaban a darse enfrentamientos sociales y políticos sumamente duros. Si uno mira el cuadro de ese período, se va a encontrar con un estancamiento económico que viene desde 1955, con la crisis bancaria de 1965, con procesos especulativos, con fuertes devaluaciones, con fuga de capitales que trajeron un altísimo endeudamiento externo y, también, con una inflación extremadamente alta; tanto, que entre junio de 1967 y junio de 1968 fue del 180%. Sin duda, junio de 1968 constituye un punto de inflexión en la vida política del Uruguay. Diría que se inicia una etapa autoritaria donde la calidad de la democracia empieza a tener problemas. Comienza a limitarse los derechos humanos, la libertad de expresión, se cierran medios de comunicación, aparecen las muertes y las torturas; todo ello antes de la dictadura. Entonces, desde ese punto de vista es una etapa excepcional.

Busqué algún texto de los que escribí a principios de los 70 y encontré uno que se titula "Uruguay. Las causas económicas de las transformaciones políticas e ideológicas". Dice así: "En junio de 1968 desaparecen por completo del gabinete ministerial los políticos profesionales y son sustituidos por integrantes de las fracciones predominantes de los empresarios capitalistas. Banqueros, grandes ganaderos, abogados de empresas extranjeras y representantes de exportadores e importadores dominarán en ese gabinete y darán la tónica del 'nuevo régimen'.

Desde el Ejecutivo imponen su ideología buscando arrasar con las características ideológicas que habían sustentado la originalidad y excepcionalidad del caso uruguayo en el contexto latinoamericano". Sin duda, se está refiriendo a las tres primeras décadas del Siglo XX, bajo la influencia de José Batlle y Ordóñez. Digo más adelante: "Desde el gobierno (dominado por los sectores capitalistas más influyentes) se desencadenó, a partir de 1968, una vasta ofensiva en el campo gremial, provocando así un enfrentamiento entre clases sociales de una dureza y gravedad desconocidas en el país, por lo menos, en todo el transcurso del siglo XX. La conciliación, el diálogo, los arreglos pacíficos que habían caracterizado al Uruguay fueron sustituidos por la represión, la violencia, las muertes, la militarización de empleados públicos y privados, el encarcelamiento de dirigentes sindicales".

Continuaba diciendo: "desaparece el Estado arbitral, el Estado que pretendía superar los conflictos de clase, el Estado que defendía a los sectores más débiles de la población, y el Estado redistributivista. En esta instancia todo el aparato estatal se pone al servicio de la clase capitalista. Se pasa a un Estado represivo, con respaldo policial".

Como puede apreciarse, el lenguaje de la época es muy distinto al que estamos acostumbrados en estas nuevas etapas históricas.

En 1958 perdió el Partido Colorado y Zelmar era Diputado; en 1962 creó la "99"; en 1967 fue Ministro de Industria; en 1971 es fundador de nuestra fuerza política, el Frente Amplio; en 1965 se da la unidad del movimiento sindical y entre 1967 y 1968 comienzan los enfrentamientos porque había una guerrilla urbana. Esto demuestra que se trataba de un Uruguay extremadamente convulsionado. En ese Uruguay convulsionado, la primera vez que escuché un discurso de Zelmar fue en la campaña electoral de 1971, en un acto que se desarrolló en 21 de Setiembre y Ellauri. Debo confesar que me impactó; sin dudas que fue un excepcional orador, con una velocidad supersónica. Era como un torrente tremendo al que uno seguía con ansiedad porque todo lo que decía tenía contenido. Recuerdo uno de sus discursos en el cual ubicaba a los distintos actores en la cancha, los calificaba, los anunciaba, daba los detalles, mostraba sus intereses y sabía bien de qué lado estaban; sabía bien dónde ubicarlos, sabía bien a quién estaba defendiendo. Tal vez, una frase que incluyó en el informe que elaboró para el Tribunal Russell sea significativa y nos permita entender las características de la época. Decía, Zelmar: "La violencia provocación del régimen, la violencia de arriba, engendra siempre la violencia de abajo y es violencia del régimen el infraconsumo, la riqueza mal distribuida, la corrupción, la pérdida del valor adquisitivo del salario, los privilegios de las clases ricas, la escasa atención sanitaria, el déficit de

vivienda, la política económica dependiente del Fondo Monetario Internacional, la entrega del país a la banca extranjera como violencia también, la represión de las huelgas, las medidas prontas de seguridad que son un equivalente a un Estado de sitio, donde se limitan las libertades, la congelación de los salarios, la militarización de los sindicatos y gremios, el apresamiento y destitución de los trabajadores".

Era el lenguaje de la época y las características del Uruguay de los 60, que culminan en un proceso dictatorial en 1973.

Me gustaría destacar algunas cualidades de Zelmar. Ponía pasión en sus denuncias, pero daba seguridad; era muy riguroso y exigía precisión cuando pedía y daba información en materia de derechos humanos. Cierto día llevaron preso a mi hermano, el arquitecto Couriel y, entonces, inmediatamente llamé al General Seregni, con quien trabajaba, quien me recomendó que llamara a Zelmar. Aunque nunca había conversado con él, lo llamé, y cuando le conté lo que sucedía, me preguntó: "¿Estás seguro de que está preso? ¿Cómo sabes?" Le expliqué que estaba con una amiga y ella había sido la que me había contado lo sucedido. A los pocos minutos me llamó y me dijo: "Las Fuerzas Conjuntas no lo llevaron y no está en ningún cuartel. A esta hora de la noche ya no puedo hacer más nada, pero mañana de mañana estoy a la orden". Como a las cinco de la madrugada llegó mi hermano; había estado en una comisaría de barrio de la calle Paysandú. A las ocho de la mañana llamó Zelmar preguntando qué novedades había. Cuando le informé que mi hermano había salido libre a las cinco de la mañana de una comisaría de barrio, me dijo: "¿Vio? No estaba ni en las Fuerzas Conjuntas ni en ningún cuartel, pero me tendría que haber avisado, porque no puedo estar reclamando por una persona que no esté detenida". Era preciso, era riguroso, era fuerte; él tenía que saber clara y nítidamente que lo que estaba denunciando era real y cierto.

Posteriormente, un amigo, periodista parlamentario, muy conocido en esta Casa, "el flaco Chifflet", fue a verme y me dijo que tendríamos que buscar otra faceta de Zelmar. Como él estaba todos los días denunciado, hablando de la justicia militar, de los derechos humanos, de los cuarteles y de los detenidos, me preguntó si no me animaba a ayudar a Zelmar a preparar una interpelación al Ministro de Economía de la época, que era Moisés Cohen. Desde ese momento, sin duda empezamos una relación, un vínculo extremadamente estrecho y directo con Zelmar. Venía de mañana al Instituto de Economía donde yo trabajaba, después de visitar a su hija Elisa, que estaba detenida en la Cárcel de Mujeres. Llegaba con un espíritu elevado, porque tenía que enfrentar una situación difícil y siempre estaba latente el temor de que cada denuncia que hacía pudiera afectar a su hija. Estaba permanentemente informado.

En aquellas reuniones jugábamos, nos divertíamos. Un día me preguntó si yo sentía que él estaba preparado, y con toda maldad le respondí: "Te falta lenguaje". Seguramente, para un político como Zelmar era tremenda una frase de esa naturaleza.

Era impresionante la capacidad que tenía para encantar, para dialogar, pero sobre todo era grandiosa su capacidad solidaria, de ser humano. Aquella interpelación nunca se llevó a cabo, pero durante todo el tiempo que trabajamos nos divertimos muchísimo.

Se fue a Buenos Aires a buscar a Erro; siempre me acuerdo de eso. Un día lo llamé por teléfono para ver cómo estaba y me dijo que había conseguido trabajo; que tenía un sueldo para mantener a su familia. Caramba, ¡cómo un político de esta naturaleza no tenía algún financiamiento! Él tenía que conseguir un trabajo y recibir un sueldo sobre la base de las horas que iba a trabajar. Sin ninguna duda, esto muestra otra de las características extraordinariamente importantes que tenía Zelmar.

En alguna oportunidad fui a Buenos Aires -no íbamos muy seguido porque nos teníamos que cuidar mucho en esa época-, y recuerdo que cuando lo visité, por sobre todas las cosas, más que de política, hablamos de lo humano, de los estados de ánimo, de la amiga común: "Vos sos amigo; tenés que ir a verla, tenés que protegerla, tenés que apoyarla, tenés que ayudarla". Así, siempre pensaba en términos solidarios del resto de los mortales.

Su muerte me encontró dando un curso en Honduras en mayo de 1976. Un día leí el diario y me enteré de que lo habían secuestrado y pensé: "Vaya a saber qué pasa con Bordaberry, si se queda o no. Tal vez lo llamaron para negociar y lo llevan a Montevideo". Esperanzas frustradas. A la mañana siguiente leí que lo habían asesinado. No sabía qué hacer. Estaba solo. Tenía que dar clase y no sabía si hacerlo o no. ¿Qué les iba a explicar a los alumnos de Honduras respecto de lo que me estaba pasando? Luego de dar la clase, caminé por todo Tegucigalpa solo, dando patadas a los árboles, a las veredas. Escribí cartas que no podía mandar a Montevideo porque quemaban: yo ya estaba exiliado. Continué dando clase, y a la tercera semana, cuando el curso llegó a su fin, los alumnos me hicieron una fiesta. A los más cercanos les conté que a un queridísimo amigo y a otra gente conocida los habían asesinado en Buenos Aires. Los alumnos me miraron sorprendidos y me dijeron: "¿Eso era lo que le había pasado? La primera semana del curso usted estaba sonriente; al dialogar, nos miraba a la cara, nos dejaba participar y estábamos contentísimos con sus clases, pero un día nos cerró la cortina, no nos miró más, parecía que algo le había sucedido. A raíz de esto, un fin de semana nos reunimos todos los alumnos y nos preguntamos qué le pasaba al profesor. Pensamos que nos había abandonado porque no estudiábamos nada. Sin embargo, a la semana siguiente, todo volvió a la normalidad y ahora nos enteramos de lo ocurrido".

Estos son los dolores intensos que uno puede tener y que prácticamente no percibimos porque son inconscien-

tes, ¡pero vaya a saber cuántas cosas uno hace en la vida cuando padece este tipo de sufrimientos y de dolores!

Señor Presidente: tanto “el Toba” como Zelmar fueron hombres de enorme coraje y de un heroísmo a toda prueba, porque sabían muy bien que estaban corriendo peligro de muerte. Hace pocos días escuché ese relato de boca de Matilde Rodríguez Larreta; parece que Juan Andrés Ramírez lo había hecho en el Directorio del Partido Nacional sobre “el Toba” y ella lo decía sobre Zelmar en el Paraninfo de la Universidad. Sabían muy bien que estaban corriendo peligro, y tal vez la última carta de Zelmar a su hija lo indica claramente cuando expresa: “Dos cosas tengo que pedirte y sabes que no lo he hecho antes nunca. La primera es aquel verso que dice: ‘Con alegría vivo, con alegría combato y con alegría muero. Que nunca la tristeza se asocie a mi nombre’ ”. Sin ninguna duda, sabía dónde podía terminar su situación.

Como decía el señor Legislador Iturralde, no los mataron por casualidad. Sabían muy bien quiénes eran “el Toba” y Zelmar. Sabían que eran una amenaza para la dictadura porque defendían la libertad frente a la opresión; defendían los derechos humanos; eran grandes defensores de la justicia social; enfrentaban las grandes desigualdades y defendían los principios democráticos. Tomaban al ciudadano como actor central y querían expandir por sobre todas las cosas los derechos civiles, políticos y sociales de los hombres.

Esa es la verdadera democracia que estuvieron defendiendo permanentemente estos estupendos luchadores políticos del Uruguay.

Treinta años han pasado. El mundo ha cambiado: no hay más guerra fría; tenemos una hegemonía unipolar de los Estados Unidos de carácter militar, financiero, comunicacional y, sin duda, político. Hay avances tecnológicos de una velocidad excepcional; triunfó el conocimiento en el mundo.

En América Latina, quiérase o no, hay seis gobiernos nuevos que se pueden denominar como progresistas. Tienen algunas cosas en común: todos ellos están hablando contra la concepción neoliberal que predominó en la región en la década del noventa; fueron elegidos bajo regímenes democráticos; creen en la democracia y quieren llegar a la equidad social sobre la base de los principios democráticos. No es una cosa menor: la democracia también ha triunfado en la región latinoamericana porque se ha revalorizado enormemente.

En el Uruguay triunfó el Frente, el Frente de Zelmar, el que él fundó, un Frente que revaloriza la democracia, que pasa de la cultura de la resistencia a la cultura de Gobierno, de los enfrentamientos de clases a la necesidad de acuerdos, pactos, concertación y negociación. Es el Frente pacífico y pacificador que creó Zelmar para salvar la democracia, en 1971. El Frente era profundamente democrático y se creó, justamente, para que no se cayera -aunque lamentablemente así sucedió- en un proceso dictatorial.

Hoy, señor Presidente, quiero homenajear a Zelmar, no sólo al político, sino sobre todo al amigo, al solidario, al ser humano excepcional, a quien, como contaba el periodista de “La Opinión”, llegaba a la redacción y le tiraba un caramelo. Zelmar se pasó la vida tirando y regalando caramelos.

Muchas gracias, señor Presidente.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Continuando con la lista de oradores, tiene la palabra el señor Legislador Washington Abdala.

SEÑOR ABDALA (Don Washington).- Señor Presidente: la verdad es que tanto el señor Legislador Iturralde como otros impulsores de esta sesión, hicieron muy bien en convocarnos para llevar adelante una reflexión de esta naturaleza que, me parece, nos enriquece a todos. Además, es bueno que en un momento como éste, el Parlamento de la República reciba a jóvenes de distintas áreas del sistema educativo para presenciar una sesión de estas características, que es francamente especial.

Voy a comenzar haciendo referencia al plano afectivo, porque me parece que hay en él una imprescindible coordenada a analizar, tratando de no caer en el riesgo de repiquetear sobre el lugar común. En estos días, he estado pensando acerca de lo que este suceso ha representado, como tragedia, para el país y, en particular, para sus familias. Lo cierto es que uno no puede desengancharse o desconectarse de la vinculación emocional que tiene con aquellos seres que aprecia y que quiere.

No sé si yo hubiera tenido la fuerza, por ejemplo, de Felipe y de Rafael, en el transcurso de toda la vida para luchar con esta circunstancia. Lo digo hoy, pero no lo voy a decir nunca más, porque uno siempre siente el temor de emocionarse en estas situaciones. No es fácil vivir la vida política con esa responsabilidad, con ese sentido de búsqueda permanente por consagrar lo que uno entiende que es justo. La actitud de los dos amigos es admirable, francamente admirable, porque han recorrido la cotidianeidad de lo político con un sino especial, un sino que aquí muy poca gente tiene. A Matilde y a la viuda de Michelini les pasa exactamente lo mismo. Son vidas totalmente distintas a las de todos ustedes; no tienen nada que ver, porque están marcadas a fuego por algo completamente diferente. ¡Hay que vivir esa vida! ¡Hay que ser realmente valiente y corajudo para llevar adelante esa carga de responsabilidad! Y, además, hacerlo con dignidad, con tino, sin caer en el error y reivindicando lo que se tiene derecho a reivindicar. En el fondo, me parece que lo de los señores Legisladores Couriel e Iturralde abona el camino de la defensa de dos hombres políticos que llegaron al extremo de entregar sus vidas

porque, sin duda, sabían que estaban corriendo ese riesgo. ¡Pensar que en algún momento de la historia del país se quiso consagrar ese estereotipo de los políticos corruptos para luego ir embistiendo sobre el sistema! Es verdad que algunos de nosotros tenemos un contencioso con el señor Legislador Couriel y no hacemos la misma interpretación de los sucesos de los años 1968, 1969 y 1970. No es la misma, reitero, pero no importa; sin embargo, sí hacemos la misma interpretación sobre lo trágicamente sucedido. Que tengamos matices sobre cómo pasó lo que pasó, no implica que no tengamos el mismo y feroz nivel de rechazo hacia esos vejámenes y esas bestialidades que llevaron al país a una situación, por lo menos para mí, inexplicable.

Para los batllistas, Michelini es una referencia absolutamente imprescindible, porque significa, significaba y significará principismo, entrega y valentía. Tengo en mi casa algunos videos -ahora pasados a DVD- de algunas tomas televisivas de Michelini declarando. Y también digo hoy -pensando en que tal vez no tenga que decirlo muchas veces más- que se nos pone la piel de gallina cuando vemos a un individuo talentoso, inteligente, con una gran convicción, esa a la que aludía Alberto; a mí me gustan los hombres apasionados, pero con convicción, y Michelini trasuntaba eso, minuto a minuto. Es muy difícil que quienes lo conocieron no relaten circunstancias de vida con él.

Hace muchos años, mi tío, que fue Vicepresidente de la República, me dijo, en determinado momento, en la mesa de su casa: "En ese lugar que estás tú, hablando con la gente de mi sector, de la lista 15, les dije que el chiquilín se iba, y tenemos que hacer lo imposible" -decía Alberto- "para que no se vaya". Pero lo cierto es que se fue.

Hasta hoy, me parece, la salida de Michelini del Partido Colorado tiene un componente traumático, porque hasta hoy, los colorados lo sentimos como un momento doloroso. Han pasado muchas cosas y me parece bueno que en el Uruguay de estos tiempos, que va buscando apuntalar un clima de reconciliación -así lo entiendo-, se ventile lo que haya que ventilar. Es bueno que estas cosas se sepan y que el Parlamento de la República haga un alto en el camino para tratar de inmortalizar lo que ya está inmortalizado.

El otro día, creo que en la radio "El Espectador", se realizó una emisión especial del Café "Tortoni" y de lo que había pasado con Michelini y Gutiérrez Ruiz en la Argentina. Los periodistas relataban cómo, año a año, se tributan homenajes silenciosos tanto en el "Tortoni" -disculpen los señores Legisladores la no precisión histórica- como en alguno de los hoteles en los que Michelini estuvo alojado. Año a año, se depositan flores y año a año hay gente que venera a estas figuras. Creo que es imprescindible que lo hagamos todos y que lo hagamos bajo la independencia de criterios y bajo el sentido más constructivo posible.

Reitero, entonces, que es con mucha emoción y con mucho respeto que el Partido Colorado recuerda a estos dos ilustres ciudadanos, que representaban lo mejor de nosotros mismos: la actitud de entrega y la actitud del político al servicio de la Nación.

Era cuanto quería decir.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Continuando con la lista de oradores, tiene la palabra la señora Legisladora Argimón.

SEÑORA ARGIMON.- Señor Presidente: la Bancada de la Correntada Wilsonista me confirió esta mañana el honor de realizar el homenaje a estas dos figuras emblemáticas de la política nacional, los ex Legisladores Michelini y Gutiérrez Ruiz.

Cuando nos abocamos a elaborar este homenaje pensamos, precisamente, en lo que significaba hacerlo desde aquí, en la que fue su Casa, en este lugar donde se vive y se siente la democracia. Pensamos que, fundamentalmente, sería bueno hacerlo desde la perspectiva de una generación que no los conoció, por lo menos, en esa actividad política desde la cual se les recuerda. ¡Qué bueno sería también hacerlo con el compromiso de lo que debemos trasladar como actores políticos a las nuevas generaciones! Es desde ese punto de vista que los debemos homenajear.

Como decíamos, por una cuestión de edad, no conocimos a Michelini ni a Gutiérrez Ruiz, pero mucho hemos oído hablar del perfil y de las características de ambos Legisladores. Los dos actuaron en partidos políticos diferentes -que, como es sabido, competían- y tuvieron una vasta actividad político-partidaria, social, gremial e, incluso, se desempeñaron como periodistas. Gutiérrez Ruiz fue Director del diario nacionalista "El Debate" y Michelini trabajó en el diario "Acción" y, luego, cuando se fue de la Lista 15, fundó y dirigió el diario "Hechos". A su vez, ambos cautivaban con una conversación ágil, inteligente que, por sobre todas las cosas, significaba un compromiso con la construcción de un país que ellos, con sus diferentes miradas, soñaban diferente.

Es sabido que la dictadura militar los condenó al exilio. Para nosotros, nacionalistas de esta generación, Michelini, Gutiérrez Ruiz y Ferreira Aldunate fueron un símbolo de ese exilio, con las características terribles que significaron los exilios: con sus dudas, con sus incertidumbres, con los sufrimientos personales y familiares.

Nuestro país, pequeño territorialmente, sin lugar a dudas tiene una personalidad histórica muy fuerte y una raíz en la adhesión a ciertos valores esenciales, a los cuales, por encima de las divisiones históricas, les rendimos tributo. Héctor Gutiérrez Ruiz y Zelmar Michelini eran fieles representantes de estos valores: eran tolerantes, abiertos y esencialmente demócratas.

Durante esos difíciles tiempos, miles fueron los compa-

triotas que tuvieron que exiliarse en la Argentina y estos dos hombres, de partidos opuestos, siempre estaban dispuestos a escucharlos, a darles su apoyo sin preguntar de qué colectividad provenían. Con el correr de los años, sentimos que el asesinato de estos dos jóvenes dirigentes políticos -de diferentes Partidos, que nunca convivieron en la misma colectividad política- que la dictadura unió y que la dictadura mató, llevó a la sociedad uruguaya a recibir este mensaje: "…toda posibilidad de derrotar la dictadura pasaba por la unidad nacional".

Así fue como hombres y mujeres de todas las generaciones, militantes gremiales y sociales, nos encontramos peleando por la libertad de esta tierra. Quienes mataron a estos dos hombres políticos jóvenes, que trabajaban por un país distinto, que eran motores de cambios -cambios que ellos entendían indispensables-, nos unieron en el dolor, pero también en la lucha por volver al camino.

Este Parlamento, ya reconquistada la democracia, constituyó una Comisión Investigadora tendiente a recabar toda la información posible, a los efectos de llegar a la verdad de estos horrorosos asesinatos. A treinta años, en un contexto latinoamericano diferente y con otras investigaciones a la vista, seguimos teniendo la obligación ética y moral de desentrañar qué pasó aquel mayo de 1976. Por supuesto, y por eso una y otra vez hay que remarcarlo, a estos demócratas como a tantos otros militantes políticos y sociales de nuestra América Latina, los mató la doctrina de la seguridad nacional que arrasó nuestros pueblos libres. Frente a la muerte de estos dos Legisladores, sentimos que sus asesinos no toleraban, precisamente, tener enfrente a dos hombres libres, a dos conciencias libres, que por sobre todas las cosas no resistían caer.

Cuando los mataron a ellos, quisieron matarnos a todos, porque pretendieron matar esa identidad nacional que hoy mencionábamos, esa esencia de hombres y mujeres libres que tenemos todos los uruguayos y las uruguayas.

Hoy, queremos saludar también a sus familias. Con alguno de sus hijos compartimos la militancia en ese momento histórico en el que todos estábamos juntos para restablecer la democracia. Por eso, en mi condición de nacionalista, no quiero dejar pasar este momento sin recordar a nuestro querido Marcos Gutiérrez, con quien tantas horas compartimos, pues él fue un militante en la resistencia de todas las horas.

Como mujer nacionalista, quiero hacer un reconocimiento especial para Matilde Rodríguez de Gutiérrez Ruiz, una militante de los derechos humanos de todas las horas, a quien, entre otras Legisladoras, debemos la existencia de una Comisión de Derechos Humanos en este Parlamento.

Los compañeros decían que tanto Michelini como Gutiérrez Ruiz sabían, en el fondo, que podían ser víctimas de un asesinato. En ese sentido, brevemente, me gustaría leer las expresiones que el ex Legislador Alembert Vaz -también wilsonista de todas las horas- dice sobre Gutiérrez Ruiz: "Quince días antes de su asesinato, fuimos a Buenos Aires a pedirle que se fuera de la Argentina, porque presentíamos que las sombras del crimen lo estaban acechando. Le expusimos nuestra preocupación y nuestra angustia. No nos creyó, imbuido como estaba de la fraternidad humana. Yo no tengo enemigos -nos dijo-, no los tengo en el Gobierno, no los tengo en la oposición y no los tengo en el seno de las Fuerzas Armadas. Al contrario, allí abundan mis amigos, lo cual -añadía Alembert Vaz- no respondía a la realidad de los hechos, pero sí a la más profunda e íntima convicción de sus sentimientos solidarios, de su confianza en la bondad natural de los seres humanos, de su concepción idealizada del pluralismo de las ideas."

Señor Presidente: a treinta años de estos asesinatos, resulta muy claro que sus asesinos no pudieron cumplir sus objetivos, pero también es cierto que este Parlamento tiene que seguir pidiendo que estos asesinatos no queden impunes. Ese día habremos cumplido con su memoria pero, por sobre todas las cosas, habremos cumplido con el legado que debemos dejar a las nuevas generaciones de uruguayos y uruguayas.

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Continuando con la lista de oradores, tiene la palabra el señor Legislador Cánepa.

SEÑOR CANEPA.- Señor Presidente: sin duda, mucho de lo que íbamos a expresar en este homenaje que estamos realizando a estos dos uruguayos, a estos dos orientales, a estos dos políticos, fue incluido en lo dicho por quienes nos precedieron en el uso de la palabra y, seguramente, lo hicieron mucho mejor que nosotros.

Sin embargo, antes de entrar a esta Asamblea General, más allá de lo que uno puede preparar, la duda radica en lo que uno puede decir en esta instancia.

Agradecemos enormemente a nuestra Bancada, la del Frente Amplio, y a nuestro sector, el Nuevo Espacio, por permitirnos hacer uso de la palabra en el día de hoy. En el transcurso de nuestra corta militancia, es la primera vez que vamos a hablar en esta Casa sobre la figura de Zelmar Michelini, aun cuando lo hemos hecho desde el inicio de nuestra actividad política.

Creemos que es el momento de hablar con el corazón sobre lo que uno siente y no tanto de la historia que hay detrás de esta gente. Un amigo, también Legislador, dice que en algunos momentos la cabeza fría es importante, pero en otros, los políticos debemos poner por delante al corazón.

Recordamos todo lo que se ha dicho acerca de ese 20 de

mayo de 1976; recordamos los ochenta y dos años del nacimiento de Zelmar Michelini y los treinta años de su asesinato, así como también a "el Toba" Gutiérrez Ruiz, a Rosario Barredo y a William Withelaw. En ellos se plasma la profundidad de la tragedia que vivió nuestra gente. Obviamente, no conocí a Zelmar Michelini porque cuando lo asesinaron recién cumplía los cuatro años; no soy de aquellos que pueden hablar de un contacto personal con ninguno de ellos. Si conozco su voz, es a través de las grabaciones de la época y si conozco su vida, es a través de las historias que nos han contado innumerable cantidad de uruguayos y uruguayas que se nos han acercado para decirnos cómo era, qué decía y qué hacía este hombre en su época y cuál era su compromiso. Si lo conozco, es porque soy de los que cuando decidí -quizás no conscientemente porque todos los que aquí estamos sentados, hombres y mujeres que tenemos vocación política, sabemos que estas cosas no son racionales- integrarme a esta actividad, asumí una vocación inherente a mi propia forma de ver y entender el mundo. Y la referencia ética y en profundidad y el compromiso con el cambio y con una sociedad distinta que encarnaba Zelmar Michelini fue lo que personalmente nos impulsó a iniciar esta tarea.

Muchos hombres y mujeres sufrieron ese mismo destino. Se podrá discrepar con ellos, o no. Acá no hay unanimidades sobre lo sucedido; no me refiero al hecho trágico, sino a los acontecimientos que le antecedieron. Nadie duda que la grandeza de su figura no está dada solamente por el hecho de su muerte, sino básica y fundamentalmente por su propia vida. Vengo a rescatar la vida de ambos, porque la muerte es la consecuencia y no el inicio; me refiero al ignominioso asesinato. Como bien decía Wilson Ferreira Aldunate en una carta escrita -hoy documento histórico- pocos días después de estos hechos al dictador Videla antes de iniciar su exilio forzoso -porque también integraba esta operación de la dictadura uruguaya tendiente al asesinato de estos compañeros y ciudadanos-, quizás lo más abyecto de toda esta historia es la utilización de la muerte de estos dos muchachos, Barredo y Withelaw, pareja que había dejado la lucha armada y estaba en otro proceso, que fueron puestos en el lugar para armar una escena, como excusa.

Lo más importante para nosotros no es solamente el recuerdo de Zelmar como Secretario General del Centro de Estudiantes de Derecho en 1945, Secretario General de la FEUU, dirigente gremial del Banco Hipotecario del Uruguay durante diez años -por lo que es recordado hasta el día de hoy por sus compañeros y compañeras-, Secretario de Luis Batlle en su primera Presidencia, Jefe de Bancada de la Lista 15 en su primera Legislatura, fundador de la Lista 99 y del "Frente del Pueblo" -antecesor del Frente Amplio- con Terra, por el Partido Demócrata Cristiano.

Más allá de estos hitos, de haber sido Diputado, Senador y Ministro por unos simbólicos noventa y nueve días en la Cartera de Industria y Energía, lo que debemos rescatar no es al ser humano que hayamos conocido -no personalmente, aunque sí a través de su legado-, sino al compromiso con sus propias convicciones y la fuerza de decir lo que uno piensa y ser consecuente con su pensamiento.

Siempre he creído que el talante de un hombre que transitó la vida defendiendo sus ideas políticas en forma apasionada y radical, con coraje y valentía, es recordado por su increíble capacidad de oratoria. Quizás para muchos de los que hoy están aquí presentes fue uno de los mayores oradores que ha dado la República. Contó con un ángel especial en su trato. Muchas veces he escuchado decir, inclusive de "el Toba" -a quien no sólo no conocí personalmente sino del que tengo referencias distintas en función de mi menor cercanía con su trayectoria-, que cuando se le acercaba la gente -eso que nos pasa a todos los políticos constantemente y a veces nos falta tiempo para poder atender a todo el mundo- tenía la capacidad de hacer sentir a la persona involucrada como el centro de su preocupación; la gente se iba convencida de que, realmente, en ese minuto él le había dado toda la atención necesaria más allá del resultado que podía tener la gestión que se hiciera en aras de solucionar el problema. Tenía la mano tendida ante la injusticia. ¡Vaya si hay anécdotas del Hotel Liberty de cuando estaba enojado, cuando se hacían colas de cincuenta, sesenta y setenta orientales -también había algunos de otras tierras- que buscaban una solución para su situación.

Mucho podríamos hablar del transitar político de Zelmar Michelini, pero quiero rescatar la concepción de la radicalidad, no sólo en el principismo sino en la consecuencia de sus ideas. No creo en nadie que dé pasos pensando que tiene vocación de mártir.

En el libro fruto de los ochenta "Ni muerte ni derrota" de Di Candia, que hoy se está reeditando, figuran varios reportajes a muchas personas que lo conocieron en distintas etapas de su vida. Alguno de los capítulos está escrito por su hijo, "el Chicho" Zelmar Michelini Dellepiane. A mi juicio, ahí está la clave para comprender algunos de estos elementos.

Zelmar tenía muy desarrollado ese sexto sentido que algunos políticos tienen; no sólo tenía olfato para la política sino también esa sensación de poder anticipar la jugada y saber exactamente cómo se presentaría el próximo escenario.

Todos sabían lo jugado que se estaba desde que había caído el Gobierno de Isabel Perón, desde que se había iniciado la dictadura argentina; no desde que se había iniciado la barbarie porque había comenzado antes, puesto que la triple A ya campeaba en Argentina antes de 1976. Además, la dictadura le cercenó cualquier posibilidad de salida en una encerrona -una verdadera ratonera- cuando le quitaron la posibilidad de usar su pasaporte para que pudiera salir de la República Argentina, preparando lo que luego fue una operación para su asesinato. Él estaba esperando esa señal que le indicara cuándo se produciría esa ruptura total de códigos que, aun en la barbarie, en Uruguay existían. Lo que Zelmar nunca supo, lo que nunca pudo llegar

a comprender a pesar de toda su capacidad, fue que la señal para todos -la barbarie- estaba desatada. La señal para todos de que esto había ido cualitativamente a un terrorismo de Estado sistemático -y acá no hubo casualidades- fue su propia muerte. Su asesinato, junto con el de Gutiérrez Ruiz, indicó a todos que no solamente no había intocables, sino que los códigos se habían roto definitivamente. Sin ánimo de debatir, me animo a decir algo de lo que estoy profundamente convencido. En la historia nacional, en los partidos fundacionales, se toma como ruptura de códigos lo relativo a Quinteros, el asesinato de Leandro, la búsqueda afuera del territorio oriental -cuando se está exiliado- y el asesinato vil. Eso implicó una ruptura de códigos de nuestro sistema, no sólo político y democrático porque había una dictadura, sino por la forma de convivencia de los orientales. Y eso no está saldado.

Seguramente, la señora Legisladora Beatriz Argimón lo dijo mejor que nosotros, pero queremos expresar con más tranquilidad que estamos convencidos de que el mejor homenaje que se les puede tributar -además de los que ya se han realizado- es mantener la memoria, seguir reclamando verdad y justicia. Memoria, verdad y justicia no sólo para ellos, sino también para todos los orientales, hombres y mujeres, que sufrieron ese terrorismo de Estado. Ese es un deber ineludible de nuestra sociedad y habrá poco de compensación porque, aun cuando hayamos logrado que se haga justicia, nada compensará su ausencia. No lo digo con ánimo de venganza ni de revancha, sino con el espíritu de que las cosas deben ser como son: palabras a veces simples pero muy importantes para nosotros.

Quiero citar algo que mi amigo, el Subsecretario de Educación y Cultura, doctor Felipe Michelini, mencionó en el Paraninfo de la Universidad de la República a propósito del acto recordatorio que organizó la Comisión de Homenajes al cumplirse treinta años del asesinato de Zelmar Michelini. También quiero aprovechar la oportunidad para reconocer la labor de Omar Gandolfo, Presidente de la Comisión de Homenajes, amigo de todas las horas de Zelmar Michelini, y de mi amigo y secretario de la Comisión de Homenajes, Raúl Altuna. No sólo quiero recordarlo, sino también organizar los homenajes, para que hoy esté presente en todos nosotros.

Como decía, ese día Felipe citaba algo que hoy quiero recordar en esta sesión de la Asamblea General, porque para mí es una síntesis de sus maravillosas intervenciones en muchas oportunidades. Es muy breve lo que voy a mencionar y tiene que ver con el pedido de desafuero de Erro, en las sesiones del 16 y 17 de mayo de 1973. En esa oportunidad, el señor Michelini decía -a veces no es conveniente hacer citas en forma descontextualizada, pero lo que voy a referir es una síntesis muy fuerte de lo que este hombre -y nos sentimos responsables de la herencia de ese mandato- expresaba en esas circunstancias y cito que no hay posibilidad de realizar el país si no tenemos el pleno respeto de las instituciones y en plena libertad. Por supuesto que no nos basta sólo la libertad de expresión, la libertad de palabra, de reunión, si no hay también libertad económica. No queremos un hombre libre que se muera de hambre, pero tampoco queremos un hombre que tenga la panza llena -y permítanseme las palabras empleadas- si no puede expresar con libertad sus ideas. Luchamos por un Uruguay distinto y, por distinto, mejor. Luchamos, y no dejaremos de luchar, por un hombre nuevo. Esto es lo que, en mi opinión, sintetiza ese legado.

La expresión que mencionaba el señor senador Couriel figura en la carta fechada el 29 de febrero de 1976, es decir, la última carta a su hija “Eli”. Todos saben de sus enormes preocupaciones, porque se le realizó el chantaje más vil que un ser humano puede sufrir y que habla de la cobardía con que los dictadores de turno actuaban con una mujer indefensa, que estaba presa, torturándola porque su padre era uno de los principales puntales en contra de la dictadura y así se lo hacían saber a ese padre de diversas formas. ¡Vaya dilema que un ser humano, un padre, puede tener si se le plantea esa situación!

Sin embargo, en esa carta, a pesar de citar ese último verso que mencionó el señor senador Couriel y que dice “Quiero que recuerdes aquel verso del poeta, que dice: con alegría vivo, con alegría combato, con alegría muero, que nunca la tristeza se asocie a mi nombre”, también refería otra cosa -que quiero mencionar- en el sentido de que si hay algo que nos enseña la historia es que la justicia triunfa y que los poderosos ocasionales son los eternos perdedores.

Quiero terminar citando unas palabras que Felipe aludió en el Paraninfo de la Universidad de la República, porque para nosotros es un compromiso ineludible. Hay miles de anécdotas de Zelmar Michelini, pero quiero referir a una en particular. En Buenos Aires, un compañero no muy vinculado a la política pero que lo había seguido toda su vida se acercó a Zelmar pidiéndole un mensaje para uno de sus amigos que vivía en un pueblito del interior muy alejado de la capital, donde se tenían pocas noticias, sobre qué hacer. Eso fue pocos días antes de su secuestro y posterior asesinato. Zelmar le trasmitió a ese hombre un mensaje -que atesoró-, que decía: “Amigo: ahora, a tener mucha paciencia, a tener mucha memoria. Hemos tenido mucha paciencia; seguimos teniendo mucha memoria”. Pero el mejor homenaje es seguir con la verdad, seguir con la memoria y construir esa justicia.

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Continuando con la lista de oradores, tiene la palabra el señor Legislador Heber.

SEÑOR HEBER.- Señor Presidente: queremos empezar nuestras palabras en esta importante sesión de la Asamblea General felicitando, en primer lugar, la iniciativa de nuestro compañero, el señor Legislador Pablo Iturralde, de convocar esta sesión para tributar este homenaje. ¿Por qué?

Porque creemos, señor Presidente, que a treinta años de estos sucesos, en oportunidad en que el Parlamento se reúne en Asamblea General para homenajear a estos dos mártires, se busca dar una señal muy clara hacia adentro y, sobre todo, hacia afuera de nuestro sistema político porque este hecho está cargado de simbología, de señales.

Por razones de conocimiento y de cercanía, me gustaría hoy poner el acento en quien yo conocía y admiraba, en quien era parte del entorno familiar que vi desde muy pequeño.

Recordar a "el Toba" sin hacer lo propio con Zelmar sería como poner un alambrado en la lucha por la libertad, que no tiene límites. Recordar más a uno que a otro sería injusto, porque así no fueron vistos por el enemigo que los quiso hacer callar y desaparecer. Recordarlos juntos es demostrar que ganamos los hombres que queremos la libertad y la democracia. Recordarlos juntos es decir que si alguna vez alguien creyó que estaba matando algo, que estaba tratando de tapar o de liquidar algo con su muerte, no lo iba a lograr.

Es más; me gustaría tener la certeza -que no la tengo y que la tendremos que construir en los años próximos- de imaginar la realización de una sesión de la Asamblea General al conmemorarse cien años de su muerte y que haya aquí Legisladores -no importa qué partidos estén en ese entonces- que levanten su voz para recordar a "el Toba" y a Zelmar, a Zelmar y a "el Toba".

En cuanto a defender esta Casa y las instituciones, nuestro Partido nunca ha pensado en una cuenta que podríamos pasarnos entre nosotros. En cuanto a la historia, nunca se me ha ocurrido ponerme a contar los muertos de unos o de otros. Zelmar y "el Toba", "el Toba" y Zelmar representan a los muertos en la lucha por la libertad; tanto los muertos comunistas como los muertos tupamaros, los muertos blancos, los muertos colorados, en fin los muertos que lamentablemente tenemos. Permítaseme decir que estamos orgullosos de tenerlos, ya que murieron por defender la libertad, para que la democracia llegara y estas generaciones podamos disfrutarla. Si arriesgaron o entregaron sus vidas por esto al punto de que se las hayan quitado, podemos decir que estamos orgullosos de haber contado con esta calidad de hombres en nuestros partidos políticos. Estoy hablando de aquellos que a la hora de jugarse por las cosas que importan no miden las consecuencias y entregan hasta su vida.

Por eso recordar hoy a Zelmar y a "el Toba", a "el Toba" y a Zelmar, en esta Asamblea General, a treinta años de su desaparición, los mantiene más vivos y más presentes que nunca por lo que representan en la simbología de quienes tenemos el orgullo de saber que hubo, hay y habrá hombres que peleen por la libertad y por la democracia como forma de convivir entre los uruguayos.

En lo personal, deseo agregar que el día que enterramos a "el Toba", mi padre y mi madre terminaron presos. A mi padre se le acusó de haber intentado poner un Pabellón Nacional sobre el féretro de "el Toba". No lo hizo él; no importa. El Pabellón Nacional que no dejó la dictadura poner sobre el féretro de "el Toba" es el que le puso el pueblo a Zelmar y a "el Toba" para toda la eternidad. Hablo del Pabellón Nacional porque es parte del orgullo de haber tenido en el Uruguay a Héctor "Toba" Gutiérrez Ruiz y a Zelmar Michelini.

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Continuando con la lista de oradores, tiene la palabra el señor Legislador Posada.

SEÑOR POSADA.- Señor Presidente: ha pasado demasiado tiempo, treinta años desde su muerte y veintiuno desde la restauración democrática y sin embargo sus crímenes siguen impunes. Quizás alguien diga que lo mismo ha sucedido con tantos otros, y es cierto que muchos crímenes de lesa humanidad cometidos durante la dictadura han quedado impunes. El imperio de la Ley de Caducidad y el veredicto popular así lo quisieron. Sería, pues, pueril ponernos a discutir nuevamente si tal o cual fue el mejor camino; para bien o para mal, ha sido así y fue legítimamente decidido.

Todos los crímenes nos duelen, pero estos especialmente; los crímenes de Zelmar Michelini y de Héctor Gutiérrez Ruiz -así lo siento- nos duelen más. Sería una verdadera pequeñez preocuparnos por asignar responsabilidades y culpas respecto a por qué estos crímenes siguen impunes. En realidad, todos los que estamos aquí y, en suma, la sociedad uruguaya toda debemos cargar con esas responsabilidades y culpas. Sin embargo, detenernos a examinarlas y culpar a Fulano o a Zutano porque no se lograron avances es ahora casi una excusa para no asumir todos la responsabilidad para que definitivamente se haga justicia respecto a los crímenes de Zelmar y "el Toba". Esta es una deuda que tiene la sociedad uruguaya para con dos de sus representantes y es bueno recordar que en mayo de 1976 Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz eran, respectivamente, un Senador y un Diputado de la República elegidos por el soberano para cumplir un mandato de cinco años que culminaba el 14 de febrero de 1977.

Por supuesto, todos somos iguales ante la ley y por ello esos crímenes como los otros -de los que fueron objeto otros ciudadanos de nuestro país y aun como verdadero síntoma de la barbarie, una ciudadana argentina- merecen nuestro repudio. Entendemos que una sociedad que no logra el juzgamiento de los criminales de sus representantes es, de alguna manera, una sociedad que renuncia a la Justicia y, en tal sentido, es una sociedad derrotada.

No se trata de reclamar revancha, sino simplemente de la

necesidad de que una sociedad se reencuentre, en estos casos emblemáticos, con un principio cardinal de la convivencia democrática y republicana: el de la justicia sin estridencias, sin gritos, sin señalamientos, sin actitudes revanchistas y sin violencia, que sería al fin y al cabo una forma ruin de menoscabar a nuestros muertos y, especialmente, a Zelmar Michelini y a Héctor Gutiérrez Ruiz, hombres comprometidos con la República, con la libertad, con la democracia y especialmente con la defensa de los derechos humanos.

Ya ha sido dicho: la Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado sólo tiene validez en el territorio nacional. Por lo tanto, estos crímenes, como otros delitos de lesa humanidad cometidos fuera de nuestro territorio, no están alcanzados por la caducidad y, en consecuencia, no hay duda de que pueden ser juzgados en el territorio en que se cometieron. Es más, la exposición de motivos, el fundamento mismo del proyecto de ley que presentara la mayoría de los Legisladores del Partido Nacional, que posteriormente se convirtiera en la llamada Ley de Caducidad, excluye expresamente estos asesinatos del objeto de la ley. Además, los crímenes de Zelmar Michelini y de Héctor Gutiérrez Ruiz y, por añadidura, los de William Whitelaw y de Rosario Barredo, por razones que hacen a nuestra dignidad nacional y al respeto que nos debemos como Nación, deben ser juzgados por la Justicia de nuestro país. Las condiciones están dadas para que así suceda. Sea, pues, ésta la manera en que en nombre del Partido Independiente y como representante de la diáspora de la Lista 99 sentimos que debemos homenajear a Zelmar Michelini y a Héctor Gutiérrez Ruiz. Más que un acto de recordación o que una conmemoración, es tiempo de la dignidad nacional.

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Legislador Rubio, que es el que continúa en la lista de oradores.

SEÑOR RUBIO.- Tarea bien difícil mantener la cabeza fría ante el peso de lo que sucedió hace treinta años frente a quienes están en el Palco y en esta Sala.

Fíjense los señores Legisladores lo que decía Zelmar el 30 de mayo de 1974, dos años antes de este episodio, frente al Tribunal Russell en Roma: “Los hechos no suceden en vano; siempre hay una sanción moral, siempre hay un juicio de la historia. A ella nos remitimos, pero no pasivamente: representamos a quienes no pueden venir porque han desaparecido de la faz de la tierra, a los que no pueden llegar porque han sido mutilados, a los que no pueden hacerse oír porque sus mentes se cerraron para siempre, víctimas de los tormentos padecidos. A esos representamos”.

Estas expresiones se convirtieron en un anticipo de lo que iba a ocurrir. En estos treinta años, muchos han intentado construir una política de la memoria basada en el olvido; fueron necesarios muchos esfuerzos para vencer la impunidad del olvido y creo que lo estamos logrando. La memoria es el deber ciudadano principal en este Uruguay de la posdictadura. Pienso que la síntesis simbólica de la memoria es una negación: “Nunca más”, tal como dijo el Fiscal Strassera; así como una reafirmación: más y mejor democracia. Pero hay que tener en cuenta que no hay memoria sin olvido y que tampoco hay olvido sin memoria. En este aspecto somos selectivos, personal y colectivamente. El tema es determinar qué es lo que hay que recordar y qué es lo que no podemos dejar de recordar. Lo que pasó es muy fuerte como para olvidar. Como ha dicho algún profesor amigo: es como proponerse no percibir un olor, porque el recuerdo asalta, e incluso lo hace cuando no es convocado.

Entonces, recordemos un poco, no mucho, pero sí lo esencial. A la hora 22 y 30 del día 21 de mayo de 1976, en una calle de Buenos Aires, apareció un auto con cuatro cuerpos en su interior. Ocurrían cuatro crímenes en una Argentina en la que los asesinatos y la aparición de cuerpos eran moneda corriente. Luego vino todo lo que conocemos. Hagamos brevemente la cronología del año 1976, que fue absolutamente clave en el llamado “Proceso cívico-militar”. Fue entonces que recrudeció la represión política en el interior del país y aumentaron las incursiones del Plan Cóndor. El 19 de abril fue asesinada la maestra Telba Juárez y fue secuestrado el profesor Eduardo Chizzola. El 20 de abril fue asesinado Roberto Hanke; el 18 de mayo fueron secuestrados Zelmar y “el Toba”, unos días antes lo fueron Rosario y William y, el 19 de mayo fue secuestrado el médico Manuel Liberoff, que aún permanece desaparecido. Por su parte, en el mes de junio se cometieron los secuestros y asesinatos de trabajadores y militantes uruguayos como, por ejemplo, Gerardo Gatti, León Duarte y Hugo Méndez. Todos estos delitos se cometieron en Buenos Aires, donde la redada de los uruguayos continuara durante todo el año, llegando a 72 los secuestrados y desaparecidos, incluyendo a los niños. Esto es lo que dice la memoria. Pero también nos dice que 1976 fue el año de la depuración política ideológica de las personas en este país, incluida la Administración Pública. También fue el año de la sustitución del dictador Bordaberry por otro. A su vez, también en 1976, en un informe firmado por el Jefe del Departamento 3, Mayor José “Nino” Gavazzo, del Servicio de Información y Defensa, se afirmaba que la central de operaciones de la subversión estaba en Argentina y que su objetivo era la reactualización de las relaciones con los partidos políticos de izquierda de Argentina, Bolivia, Chile y Uruguay, y la consecuente campaña de desprestigio hacia esos Estados. En consonancia con este informe de Inteligencia, el Canciller de la República, Juan Carlos Blanco, el 18 de febrero de 1976, en la Circular 8/976, establecía una directiva congruente con esto en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Es así, que en un télex que había firmado unos meses antes, establece la cancelación de los pasaportes de los ciudadanos Wilson Ferreira Aldunate, Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz. Se trataba de un documento escrito en clave por el cual, el cerco de los uruguayos y sus asesinatos estaban definidos. Esta es la historia.

Entonces no está mal, sino que está muy bien que hagamos este acto de reafirmación democrática en torno al magnicidio parlamentario al que nos estamos refiriendo. Todos los asesinados son iguales ante la muerte y ante el crimen, pero acá se trató de dos integrantes de esta Casa. Este fue un magnicidio parlamentario decidido, ejecutado y llevado hasta sus últimos términos con una terrible frialdad. Creo que estos homicidios fueron la cara más brutal y siniestra de la dictadura. No alcanzaba con el exilio ni con la detención: había que matarlos para amedrentar a los opositores políticos, pero también a los integrantes del gobierno de facto que analizaban otras alternativas. Esto hoy lo sabemos. Zelmar y "el Toba" se convirtieron en emblemas de la democracia uruguaya y de todos los ciudadanos y sus crímenes, como se ha dicho, son una herida abierta. No hay ley alguna aprobada en este país ni plebiscito que haya ratificado que se incluya dentro de la impunidad a estos crímenes. Los Juzgados de este país se van a encargar de que esta impunidad cese y que la Justicia continúe adelante, ya que precisamente la Justicia es el mejor homenaje que le podemos rendir a Zelmar y "el Toba".

Para terminar, quiero tener un recuerdo personal porque me pesa mucho en la memoria de estos acontecimientos. El 21 de mayo -un día abominable, si los hubo- en el patio 23 del Penal de Punta Carretas, junto con 200 presos políticos más recibimos la noticia del peor delirio onírico y de la más ominosa geografía de la muerte que fue esta ejecución de la República Argentina; algo propio de un espacio de las tinieblas y de un mundo ominoso. Nunca vi a Héctor Rodríguez tan afectado, salvo cuando murió Adrián Montañez o cuando desapareció María Antonia Castro. Reitero: nunca lo vi tan afectado. A él, a Zufriategui y a otros dignísimos dirigentes y luchadores de la historia de la democracia de este país nunca los vi tan consternados como ese día en que llegó esta terrible noticia.

En honor a ellos, a Zelmar, a "el Toba" y a todos los asesinados en el Uruguay, en la Argentina y en otros países, se realizará la apertura de los archivos estatales. En honor a la educación en Derechos Humanos de los jóvenes uruguayos, se reescribirá la historia de ese período, no la historia oficial -las historias oficiales son propias de los sistemas autoritarios-, sino la historia del período, vista desde la democracia y desde el símbolo de lo que significaron estas vidas.

Creo que no vale la pena hablar del alma pétrea de los asesinos. Lo que como uruguayos, como parlamentarios y como demócratas nos importa es que Zelmar y "el Toba" integran la epifanía de la vida, y debemos recordarlos escuchando a Vivaldi, a Mozart, leyendo a Benedetti o escuchando a Zitarrosa, porque pertenecen a esa veta de la interioridad de la persona humana.

Muchas gracias, señor Presidente.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Legislador Da Rosa.

SEÑOR DA ROSA.- Cada vez que llega el mes de mayo uno recuerda un hecho que le tocó vivir en su juventud, siendo estudiante universitario recién llegado del interior. Y uno se encuentra con aquella realidad del silencio que caracterizaba el régimen imperante en esa época, en el que sucedían hechos que de alguna manera conmovían mucho más a quienes teníamos o sentíamos la vocación política, la vocación por los temas del país y de la sociedad. Nos conmovían y, al mismo tiempo, nos hacían vivir en silencio aquellas experiencias, porque uno comentaba estos hechos con algún amigo íntimo o compañero ya que no tenía posibilidad de exteriorizar algo que sentía muy adentro. Me refiero a la necesidad de comentar y exteriorizar lo que uno sentía en ese momento como expresión de rebeldía frente al secuestro primero y a la noticia del asesinato después. Muchos tratamos de seguir la situación a través de los medios -que, obviamente, no existían- y tratamos de valernos, por ejemplo, de emisoras extranjeras o de los informativos de Radio Colonia para enterarnos de lo que había sucedido en Buenos Aires y que había sido objeto de rumor. Nunca voy a olvidar la que fue prácticamente mi primera expresión de militancia política habiendo llegado a Montevideo como estudiante. Estoy hablando de la expresión de aquella mañana cuando a través de familiares y de conocidos, poco a poco íbamos tomando conocimiento de lo que había sucedido, de que los cuerpos habían llegado y de que el sepelio era en tal lugar. Recuerdo haber llegado más tarde, luego de algunas horas de efectuado el sepelio de "el Toba" en el Cementerio del Buceo, y ver a una enorme cantidad de gente que se hacía cada vez mayor en virtud de la información que se iba trasmitiendo boca a boca, mediante el teléfono y algunos medios muy caseros. Nunca olvidaré aquella experiencia de caballos con funcionarios militares con sable paseándose entre las tumbas y haciendo que la gente ingresara al Cementerio por grupos -cada uno de los cuales era fotografiado- para cometer el desliz o el delito de depositar una flor blanca en el panteón donde recién acababa de ser enterrado Héctor Gutiérrez Ruiz.

Esa experiencia que uno vivió lo llevó también a identificarse mucho y a sentir de igual manera lo que había sucedido con Zelmar Michelini. Como bien se dijo acá, no se puede separar las figuras de ambos ante una experiencia tan traumática como la que vivió el país en ese momento. Naturalmente, nosotros, como blancos, sentimos y lo conocimos físicamente a Gutiérrez Ruiz. Además, fue Diputado por el departamento del que provengo y conocimos a mucha gente con la que él tenía contacto político y vinculaciones. Era un hombre que provenía del tronco del Herrerismo dentro del Partido Nacional, muy identificado con aquella concepción herrerista y nacionalista que el doctor Herrera pronunciaba cuando decía: "Mi vaso es pequeño pero yo bebo en mi vaso". Esta expresión se identificaba mucho con el sentimiento de patria que tenía Gutiérrez Ruiz.

Me parece que está bien que cada uno relate cómo fue

la experiencia personal que le tocó vivir en ese momento, porque es como trasmitir desde distintos ámbitos, desde diferentes ángulos, las más diversas vivencias que cada uno experimentó, cómo las sintió y cómo las vivió. Creo que esta es una forma de mantener vivo ese sentimiento de respeto y de valoración por un hecho tan triste, tan desgraciado, como el que abatió a estos dos destacados compatriotas y compañeros de la actividad política. Por otra parte, es muy importante recordar estos hechos como una expresión más de las que existen en la vida y en la historia de los pueblos y que reflejan una de las tantas luchas que se plantean entre los seres humanos y los grupos humanos, la lucha entre la inteligencia y la fuerza, entre la soberbia y la humildad, entre los ideales y los factores de fuerza circunstanciales. Esto está visto, además, en figuras que fueron políticos por esencia, hombres que se caracterizaban por ser actores políticos, pensadores políticos y articuladores políticos. Esto es muy importante en el hombre político porque a veces quienes son articuladores o pensadores políticos suelen ser vistos por los demás, en un enfoque simplista y superficial, como representantes de ideas y conceptos que no tienen nada que ver con lo que en realidad piensan y sienten. Es un enfoque simplista que pone el mote a alguien porque es más fácil calificarlo superficialmente de acuerdo con los descalificativos o calificativos propios de cada época. Y lo que hace fuerte a ese hombre, a ese pensador y articulador político es, precisamente, la convicción de sus ideas. Gutiérrez Ruiz era un hombre profundamente convencido de sus ideales que no escapó a que el simplismo de muchos le pusiera el mote de "comunista", "subversivo", etcétera.

Entonces, rescatar estas cosas es algo muy importante para nosotros porque, al fin de cuentas, los hombres somos humildes criaturas de Dios puestas en un momento y en un espacio físico por el que pasamos; y lo que importa y lo que hay que tener, fundamentalmente después que ocurre el hecho físico de la vida, es el rescate de los valores, de todo aquello que supone los ideales, las banderas y los principios que llevaron adelante aquellos seres en lo que les tocó protagonizar.

Wilson Ferreira Aldunate decía que al Uruguay lo tenemos que concebir esencialmente como una comunidad espiritual. El Uruguay no es un país que pueda sobresalir por su potencialidad económica; no es un país que pueda sobresalir por su poderío militar. No, el Uruguay tiene determinados valores que lo hacen especial en América Latina. Y esa especialidad y esos valores tienen mucho que ver con las razones y los principios por los que Gutiérrez Ruiz y Michelini lucharon y fueron asesinados en ese triste episodio de Buenos Aires. Diría que mientras uno provenía del tronco del partido blanco, que había tenido su vivencia y conocido el medio rural, que había desarrollado su actividad política en medio de los paisanos, el otro provenía del cerno del batllismo del Partido Colorado y fue, a su vez, articulador fundamental en la formación de una nueva fuerza política en el país, el Frente Amplio, a partir de 1971. Quizá el destino quiso que murieran hermanados en función de un valor que hace y es absolutamente esencial a esa comunidad espiritual de la que hablaba Wilson Ferreira Aldunate: la defensa de la libertad, la importancia de la libertad como valor fundamental de convivencia entre los uruguayos, valores que están por encima de límites sectoriales, partidarios y que deben ser respetados y aquilatados por encima de cualquier tipo de diferencia de orden económico, social, religioso, etcétera. Repito que esos valores hacen a la esencia del Uruguay y entroncan con el nacimiento espiritual de la patria en el pensamiento artiguista en aquella oración de abril que decía: "Mi autoridad emana de vosotros y ella cesa ante vuestra presencia soberana".

En mérito a esos valores, a esos ideales, estos hombres murieron luchando, luchando por ese Uruguay, luchando por la esencia de estos conceptos. Y lo que nos queda a nosotros, a los que integramos las nuevas generaciones, respecto de quienes casi no tuvimos contacto físico y ni los conocimos, es rescatar esos valores, hacer que sigan siendo valores predominantes y esenciales en la sociedad uruguaya y, también, hacer que el episodio triste y desgraciado de sus muertes sea algún día definitivamente esclarecido y que aquellos que cometieron la barbarie de esos asesinatos paguen las cuentas que tienen con la sociedad y con la historia del país.

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Continuando con la lista de oradores, tiene la palabra el señor Legislador Scavarelli.

SEÑOR SCAVARELLI.- Señor Presidente: simplemente quiero decir que hoy estamos homenajeando a gente que no fue en busca de la muerte, sino que actuó a pesar de que la muerte la persiguió; que este es el homenaje a la gente fiel a sus convicciones que siguió pujando por lo que creyó justo para todos a pesar de la amenaza, a pesar del temor, a pesar del amor a su familia, a pesar de su amor a la vida.

A partir de estos hechos, hay gente que ha quedado marcada para siempre: unos, como ellos, envueltos en los laureles de la gloria, y otros entreverados en la execrable condición de asesinos. Por lo tanto, quiero hablar a sus familias, pero sobre todo quiero recordar, como uruguayo, aquel tiempo como un tiempo de desgracia, como un tiempo de dolor.

Sin duda que la afinidad ideológica es con Zelmar por su origen batllista, batllismo que forma parte de mi corriente vital de pensamiento humanista y que nos tiene en la proximidad de sus ideas; pero la grandeza de ambos es indisoluble y forma parte de nuestro mejor tiempo en cuanto a la condición de uruguayos dispuestos al sacrificio por una causa noble por la libertad

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra.)

SEÑOR PRESIDENTE.- Continuando con la lista de oradores, tiene la palabra la señora Legisladora Kechichián.

SEÑORA KECHICHIAN.- Señor Presidente: creo que no exagero si digo que estos hombres, estos parlamentarios, estos padres de familia, estos militantes políticos que hoy estamos homenajeando, Michelini y Gutiérrez Ruiz, "el Toba" y Zelmar, están aquí entre nosotros, están en esta Asamblea General; son, fueron y serán parte siempre de la representación nacional y, sin duda, su recuerdo, su entrega y su lucha nos ha ayudado a trabajar para reconstruir la democracia de la que, por suerte, hoy gozamos.

En estos homenajes uno siempre trata de incorporar una expresión, una frase, un concepto, una metáfora sobre los homenajeados. Cuando ingresé al Parlamento leí algunas intervenciones vinculadas a estas personalidades, que realmente me resultaron fantásticas. Por ejemplo, las de Hierro Gambardella, quien definía a Gutiérrez Ruiz como telúrico y a Zelmar, como aéreo. Decía que "el Toba" -y lo comparto totalmente- representaba la fuerza de la tierra, que lo llevaba a las profundidades del orbe, y que como uruguayo no solamente era castizo, sino que era un criollo hispánico y que por eso mismo amaba tanto la libertad. De Zelmar decía que representaba el aire vivo de la ciudad libertaria. La verdad es que, por lo menos a mí, son dos definiciones que realmente me conmovieron.

Puedo hablar de Zelmar, porque de "el Toba" tengo un solo recuerdo claro, conciso y vibrante vinculado a la noche del 14 de abril de 1972, cuando yo tenía veinte años, era una joven comunista y me encontraba en una asamblea multitudinaria de jóvenes comunistas en la entonces calle Sierra -en el viejo local del Partido Comunista- cuando una horda de fascistas -tengo que definirla de esa manera porque literalmente todos sus integrantes llevaban cruces esvásticas en sus brazos- ingresó al lugar, nos apalearon, nos lastimaron, nos dieron culatazos, nos patearon hasta dejar desmayado a prácticamente el ochenta por ciento de quienes estábamos allí, además de robarnos todas nuestras pertenencias. Y la verdad es que la presencia de "el Toba", como Presidente de la Cámara de Representantes en su momento, acompañando a Rodney Arismendi, con su fortaleza, su coraje y su presencia, evitó una masacre. Realmente, eso es lo que recuerdo, así como su humanidad, ya que en ese momento se preocupaba por nosotros, porque nos habían robado todo y por la forma en que volveríamos a nuestras casas; esa preocupación la manifestó con un gesto de padre que hasta el día de hoy recuerdo en toda su magnitud y porque para los jóvenes que estábamos allí tuvo una gran significación esa figura de hombre lindo, bueno y que además actuaba no solamente como un fuerte Presidente de la Cámara de Diputados sino, diría yo, como un padre.

Creo que con respecto a Zelmar los jóvenes de este país deben saber que ingresó a esta Cámara el 15 de febrero de 1955, con un poco más de 30 años, con una gran sonrisa, con una mirada de infinita inocencia -tal como lo describen-, con una gran profundidad, con un aire frágil y viril, con una extraordinaria energía, todo lo cual le daba, sin duda, un atractivo personal muy fuerte, poco creíble para mucha gente, porque realmente él apresaba y envolvía el afecto, el cariño, el respeto y la admiración de las personas, porque sabía contenerlas.

Michelini tenía carisma, según dicen los que lo conocieron y conocimos de cerca, pero no un carisma como a veces se interpreta en el sentido de atractivo, sino carisma en el más amplio significado de la palabra. Hay dos o tres cosas que para nosotros integran claramente el perfil de Michelini: el heroísmo del luchador -no nos cabe duda-, del espléndido luchador por las causas sociales, del abnegado hermano de las personas que sufrían y del hombre que se sentía portavoz de los que no tenían voz. Zelmar que era un florentino, que era alegre, que tenía una enorme ternura en el fondo de su alma, también tenía esa combinación de energía y de asepsia, de limpieza profunda y severa; realmente se trataba de una combinación impresionante.

Fue un hombre de ideas -creo que a nadie de los que estamos aquí le caben dudas al respecto-, que se tomaba la política muy en serio. Creo que eso es absolutamente evidente para las dos figuras que hoy estamos homenajeando, aunque ahora quiero hablar de Zelmar que es a quien yo más conocí. Así lo conocimos nosotros, así compartimos con él la fantástica campaña electoral del Frente Amplio de 1971.

También me acuerdo perfectamente y con mucho dolor de esos días tremendos del secuestro en Buenos Aires de Zelmar y de "el Toba", como muy bien describía el señor senador Rubio, de esos terribles y fatídicos años 1975, 1976 y 1977. Aquella madrugada porteña del 18 de mayo cuando un grupo de 7 u 8 personas entró por la fuerza a ese cuarto piso de Posadas 1011, en el que Gutiérrez Ruiz y su familia -incluyendo a Matilde, que hoy está aquí- vivían. Dos horas más tarde, quince hombres armados secuestraban a Zelmar en su habitación del Hotel Liberty, en Corrientes y Florida. Al igual que en la casa de "el Toba" -se trataba de un procedimiento habitual- robaron todo lo que tenía valor, incluso, esa máquina de escribir tan emblemática que posteriormente muchos identificaron y reconocieron en Automotora Orletti. También intentaron secuestrar a Wilson Ferreira, a quien alertaron de esta situación y había abandonado la casa campestre en la que residía, hasta que logró asilarse en una Embajada. Me acuerdo -juro que me acuerdo como si fuera hoy- del desgarro que sentí al saber también que se habían llevado en esos mismos momentos al queridísimo doctor Liberoff. En aquel momento, como jóvenes, nos preguntábamos qué habría hecho ese hombre que había dedicado su vida a atender a los pobres, quienes le pagaban con mandarinas, con naranjas, con papas o con nada la atención, a lo largo y ancho de esa Curva de Maroñas y Camino Carrasco, el barrio de su adorado club Danubio. Como jóvenes no entendíamos qué pasaba por la cabeza de esa gente que se llevaba al doctor Liberoff, que estaba enfermo de cáncer en aquel momento y hasta el día

de hoy sigue desaparecido. Su esposa también estaba enferma de cáncer, estuvo escondida nueve meses y cuando llegó a Praga ya no había nada que hacer por su salud y murió a los 20 días. El también vivía en un barrio porteño en la Avenida San Martín y también allí y con muchos testigos un grupo armado se lo llevó; todos los testigos dijeron que quienes se lo habían llevado tenían acento uruguayo y vestían de particular. En esos días también habían secuestrado a esos dos jóvenes militantes del MLN, William Whitelaw y Rosario Barredo. Todos lloramos tanto en ese momento y sufrimos tanto en esos días con la noticia de los asesinatos, que realmente no puedo olvidar aquellas noches absurdas de ese año 1976 en que todos nuestros amigos recorrían hospitales, embajadas y cuarteles, sabiendo que no había nada que hacer, que lo que iba a aparecer era la muerte y que el único objetivo que tenían los que lo recibían era hacerles perder el tiempo y causar más dolor que el que ya estaban causando. Creo que todo el pueblo que los recibió, en medio de un gran llanto, tenía la sensación -yo estaba en el Uruguay, concretamente en Montevideo en ese momento- de que ese pueblo estaba muriendo también un poco en los días de aquel fatídico 1976. Estoy segura de que las muertes de Michelini y de Gutiérrez Ruiz son el exacto y estricto producto de aquel sueño kafkiano que después se llamó fascismo, y no puedo llamarlo de otra manera. Estoy convencida, señor Presidente, de que por encima de aquellos dolores, de aquellos tiempos de sufrimiento, de humillaciones increíbles y de lucha de estos dos hombres que hoy estamos homenajeando, su agonía, sin duda, fundó una aurora para la reconquista de la democracia. Y hoy nos siguen guiando, como se decía acá, en la larga lucha por la verdad, por saber el destino de tantos y tantos desaparecidos, con esta inmensa grandeza que ha demostrado el pueblo uruguayo.

Por último, quiero saludar a Elisa y a Matilde porque ellas mismas, por sí solas, también han sido ejemplo de tantas y tantas mujeres uruguayas solas, que apechugaron con su familia y con sus hijos, y que siguieron manteniendo la unidad de sus familias, a pesar de tener a sus hijas en Punta de Rieles, a sus maridos muertos y a sus hijos quién sabe dónde. Permítanme un abrazo muy especial para Rafael y Felipe, así como decir que el Parlamento y la Asamblea General hacen muy bien en recordar algo que estoy segura de que nunca, nunca, vamos a olvidar.

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Legislador Signorelli.

SEÑOR SIGNORELLI.- Señor Presidente: nuestro partido asiste a este homenaje aún con dolor, con emociones y también con esperanza.

Está aquí nuestro partido para decir a los representantes de la voluntad popular que creemos que este es un acto de unidad nacional. Asistimos a este homenaje con ese espíritu, el espíritu de crear otra vez entre todos la unidad nacional.

Saludo a las familias, a los amigos, a quienes compartieron la vida de estos hombres que estamos homenajeando. Además, agradezco a las distintas colectividades aquí representadas por dejarme exponer algunas reflexiones sobre los dos ilustres ciudadanos que pertenecieron a esta Casa. No es fácil referirse a ellos, a quienes les tocó vivir una época tan turbulenta que nuestra generación no recuerda otra. Nos referimos a dos Legisladores de distintas extracciones políticas que ante hechos lamentables de la ruptura institucional que sufrió el país en los años setenta, decidieron y actuaron en forma similar para enfrentar esa situación, tratando de revertirla para reestablecer valores republicanos, democráticos, de civismo y libertad: Héctor Gutiérrez Ruiz y Zelmar Michelini.

A treinta años de sus asesinatos no es arrogante decir que los que vivimos esa época entendemos y sentimos en su real dimensión, la magnitud de las decisiones que ambos Legisladores tomaron al salir del país y continuar su lucha contra la dictadura desde Buenos Aires. En ambos casos, esa decisión involucró no sólo a sus personas sino a sus familias, que por cierto eran numerosas y con hijos chicos que, sin comprender en esos momentos la realidad, fueron partícipes de las consecuencias atroces que sobrevinieron. Y queremos hacer referencia en forma muy específica a esos hechos porque los vivimos, señor Presidente, siendo muy jóvenes, entusiastas y seguidores de figuras como la de Zelmar, entre otras cosas, por su personalidad inquieta, rebelde y proclive a encontrar nuevos caminos para expresar sus ideales. Sin embargo, no debemos confundir esa rebeldía y juventud con violencia inconducente o alocada, de la cual ambos estaban sistemáticamente alejados, bregando por soluciones pacíficas, consensuadas y dentro del respeto de una vida democrática que los animó y que practicaron, actuando con firmeza y en ocasiones con dureza implacable para sostener sus ideas. Esto los llevó a ser referentes de muchos que pasaron por circunstancias desgraciadas y similares, que acudieron a buscar su apoyo y consejo. Por eso creo que es perfectamente compartible la pertinencia de este merecido homenaje que estamos llevando a cabo.

Además, me permito expresar que mejora su grandeza, no ya recordar los hechos dolorosos de la época que vivió el país y que terminó con sus vidas, sino extraer de esos mismos acontecimientos las experiencias, el rescate de valores que defendieron y, por sobre todo, la vida respetuosa, republicana, fuerte y plural que cultivaron, así como la prédica de los valores morales y cívicos que trasmitieron.

De esas enseñanzas podemos sentir que no debemos anclarnos en el pasado, sino practicarlas para que los ideales se sigan arraigando en nuestra sociedad, de forma que el país pueda crecer en los aspectos más valiosos a que

se puede aspirar: los valores cívicos y morales, de respeto institucional y republicano de los que tanto nos enorgullecemos los uruguayos.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Continuando con el homenaje, tiene la palabra el señor Legislador Mahía.

SEÑOR MAHIA.- En primer lugar quiero reconocer a los compañeros y colegas Legisladores por la oportunidad de brindar un homenaje de estas características. En realidad, podríamos haber elegido a un Legislador o Legisladora por partido para hacer uso de la palabra y, sin embargo, se entendió necesario que los distintos espectros político-partidarios -incluso las internas de todos los sectores- expresaran su opinión. También quiero agradecer a mi fuerza política, el Frente Amplio, particularmente a mi sector, Asamblea Uruguay, por permitirme hacer uso de la palabra.

A esta altura, como dice Mario Benedetti, cómo se puede decir algo que realmente no sobre. Vamos a intentar formular algunas cuestiones que no caigan sólo en lugares comunes, en los que inevitablemente tenemos que caer. Y voy a hablar, señor Presidente, de una generación que votó por primera vez en 1984, que a la salida de la dictadura tenía que formar su opinión y su convicción democrática, y ver sobre qué espejos u opciones podía conducir su visión política. Para muchos o, por lo menos, para algunos de mi generación esto, sin duda, estaba en las imágenes de Zelmar y de "el Toba". Lo mismo sucedía con la imagen de Seregni, hombre preso emblemático, y la de Wilson, del que a través de sus casetes llegaba su voz a muchos de nosotros. Entre ellos elegíamos, además, referentes del batllismo.

La voz y la historia de Zelmar influyeron decisivamente no sólo en la generación que convivió con ellos, sino también en la que sufrió su ausencia. Quienes llegamos a él a través de la lectura, no nos podemos olvidar de las cartas de Carlos Quijano -que supe leer-, con relatos profundamente emocionados por la pérdida política y del ser humano, tanto de Zelmar como de "el Toba".

Se trató de un asesinato tremendo y selectivo que incluyó también a dos jóvenes tupamaros, como para mostrar una escena. Este hecho también incluía a Wilson Ferreira y, precisamente, mi amigo, el señor Legislador Orrico, me hizo llegar una nota sobre un acontecimiento que en estos tiempos es necesario recordar.

Queridos compañeros y colegas: hoy estamos en una situación difícil con la República Argentina y es una hora compleja por aspectos que todos conocemos. Por lo tanto, para nosotros es importante rescatar la figura de un político argentino que hizo mucho para que uno de esos demócratas uruguayos siguiera vivo. Ese político fue Raúl Alfonsín que en su auto paseó a Wilson -sólo se detuvo para cargar combustible- hasta que llegaron a una Embajada, salvando así su vida milagrosamente, porque él también era uno de los señalados.

En esta hora tan difícil me parece que es importante, también, hacer un homenaje a aquellos políticos argentinos que en tiempos tan difíciles y sin nada personal para llevar para sí o para su partido, fueron solidarios con nuestro pueblo. Me refiero al propio Raúl Alfonsín que llevó a toda esa Junta Militar ante la Justicia y que posteriormente terminó presa.

Otros colegas decían que, sin duda, la lucha de estos dos mártires de la democracia continuó en sus hijos y, en lo personal, conocí bastante bien a Marcos -que ya ha fallecido- mientras ocupábamos el IPA, al comienzo de la democracia. Mi última imagen de él fue en la Meseta de Artigas, en el homenaje al prócer, cuando nos saludaba desde su caballo a todos los que estábamos presentes.

Sin duda que la continuidad política de Zelmar se encuentra en sus dos hijos parlamentarios y hombres políticos que han contribuido a la construcción de la izquierda uruguaya y de este Gobierno, con el que sin duda soñaron Zelmar en su última etapa y tantos uruguayos.

Las futuras generaciones, señor Presidente, tienen derecho a saber y acá también quiero hacer una reflexión. Ha estado en la polémica pública incluir o no la enseñanza oficial de los hechos acaecidos en las dramáticas últimas décadas. En ese sentido, me pregunto ¿no es necesario que nuestros jóvenes, futuros hombres y mujeres, conozcan en programas oficiales de historia lo que pasó con estos crímenes aberrantes? Sin duda que sí. Me refiero a la historia oficial no en el sentido de la enseñanza oficial sino de la estatal, la que va a regir en estas generaciones porque tienen que conocer los hechos que afectaron a sus padres, que marcaron un punto de inflexión en la historia democrática de este país. Realmente sería muy penoso no tener argumentos para decir a las futuras generaciones, desde las aulas de este país que hechos tan condenables y repudiables como estos, no sean impartidos en los liceos y en la UTU. Por eso es importante que la memoria se construya, además de los 20 de mayo, en las aulas de cientos de miles de uruguayos que tienen la necesidad de aprehender este tipo de hechos.

Señor Presidente: tenemos la íntima convicción de que la justicia se abre paso, de que estos crímenes no quedaran impunes ni fueron contemplados por legislación alguna. Seguiremos recordando -como hacemos cada 20 de mayo- a estos y a otros uruguayos que tuvieron que pagar con su vida la defensa del sistema democrático. No estamos recordando a Zelmar o a "el Toba" desde lo partidario, sino desde la convicción democrática de estos hombres y mujeres que dieron la vida por el país. Además, lo hacemos desde su casa, el Parlamento, que representa al pueblo. Lo hacemos aquí, como lo hacemos cada 20 de mayo, en silencio, con la gente, reflexionando, porque este puede ser un buen ejercicio para los tiempos que nos toca vivir.

Señor Presidente: tenemos la íntima convicción -como todos- de que su muerte no fue en vano.

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Legislador Michelini.

SEÑOR MICHELINI.- El señor Presidente me pidió que dijera algunas palabras de agradecimiento pero, ¿qué puedo agradecer? Se me da la situación histórica y curiosa de homenajear a mi padre y a esa figura excepcional, la de Gutiérrez Ruiz, desde esta Banca parlamentaria. Incluso, hoy el señor Legislador Couriel me comentó que el material que había preparado por la noche, lo había cambiado hoy de mañana. Por su parte, el señor Legislador Baráibar se sorprendió porque hace un rato me encontró anotando algo, ante lo cual me preguntó: "¿Recién estás preparando el discurso?" Lo que voy a decir es de corazón, señor Presidente. Si alguien cree que me voy a referir a la Ley de Caducidad, se equivoca; ya es una ley inútil.

El homenaje lo han hecho todos ustedes, cada uno de los que ha hecho uso de la palabra, aquellos que querían hablar pero para evitar que hubiera 130 discursos, permitieron que otros compañeros los representaran. Están los homenajes que hicieron Gandolfo, Durán y "el Polo" Altuna, cuando se pusieron la camiseta para recordar, cada uno a su manera, los treinta años de su muerte. También podemos citar el homenaje que está haciendo la doctora Hebe Martínez, quien nos representa en la lucha contra la impunidad y a favor de la justicia.

¿Qué puedo invocar, señor Presidente? ¿Puedo invocar a los familiares de Rosario Barredo, a los de Willy Whitelaw? ¿Puedo invocar a esta mujer maravillosa que es Matilde? ¿Puedo invocar al resto de los hijos de "el Toba"; a Marcos, que ya no está aquí, a Facundo, a Magdalena o a Mateo? ¿Puedo invocar a mis hermanos -que son los más rebeldes y seguramente me dirían que no están de acuerdo con lo que dije-, a Elisa, la mayor, a Margarita, a Luis Pedro, a Isabel, a "Zelmarcito", a Cecilia, a Felipe -que estuvo aquí hasta hace un rato y al retirarse me confesó que debía irse, como pidiendo permiso-, a Graciela o a Marcos, el menor? En realidad, no puedo invocar a nadie; ni siquiera sé si me puedo invocar yo. Seguramente, todo lo que vaya a decir estará muy mal, mientras que lo que han señalado todos ustedes representará mucho mejor lo que deseo manifestar. Lo que puedo hacer, señor Presidente, es trasmitir fotos o imágenes, no para quienes están aquí que, en la medida en que son hombres políticos lo saben, sino para que queden en las almas de las nuevas generaciones. Fundamentalmente, me voy a remitir a ciertas imágenes que tengo de mi padre. Ahora bien; ¿cuántas fotos hay de ellos dos? Conocemos una sola, que rescató Matilde, en la cual aparecen aquí mismo, en la Asamblea General. Quizás, sea una omisión no hacer un homenaje a ese fotógrafo que captó el alma de ellos dos, esa mirada de Gutiérrez Ruiz y esas manos en el aire de Zelmar.

Recuerdo la visita del General Gestido y cómo limpiaron la casa, dejándola espectacular porque iba a llegar el Presidente de la República. Fue, sin duda, algo excepcional, ¡y vaya si hacíamos mugre! Tengan en cuenta que éramos diez hermanos. En cuanto a la relación de mi padre con Seregni, debo decir que fue fuerte y las primeras visitas las hacía en la Región Militar Nº 1; no sé si estaba autorizado, pero no me lo pregunten. Sé que íbamos en el auto con Felipe y con Graciela, cuando llegábamos mi padre se bajaba y a la media hora volvía con una sonrisa de oreja a oreja. Lo quería mucho y lo admiraba.

En cuanto al acto histórico del 26 de Marzo, no quiero rescatar sus palabras sino la imagen de verlo allí inaugurando lo que sin duda constituyó un hecho histórico, que quedó en la retina y en el alma de quien está hablando. Con mi madre fuimos siguiendo a mi padre por los distintos comités de base -porque se publicaba cuando iba a ir a cada uno-, sin que él lo supiera. Ahí me enteré -quizás cometa una infidencia- de algo que todos hacemos. Cuando tenemos muchos actos, llevamos el mismo mensaje. Eso también lo hacía mi padre, y terminaba de la misma manera. Aunque yo conocía casi de memoria cómo finalizaba sus discursos, siempre se me erizaba la piel cuando contaba aquella anécdota del campesino que llevaba su hijo enfermo y le pedía que no aflojara, porque el que afloja pierde.

También recuerdo la fila de uruguayos en el Liberty. Hoy que veo a mi hija de veinte años, pienso que en realidad se apiadaba de los jóvenes. Había un acto de solidaridad, de activismo político y de atender a quienes estaban siendo perseguidos. Conseguía trabajo para uno, obtenía la documentación para otro e, incluso, en alguna oportunidad lo vi poner dinero en el bolsillo de alguno, y mi padre no era una persona de fortuna. Ahora me doy cuenta de que, sobre todo, veía cómo la juventud uruguaya se sentía perseguida porque se venía la masacre. No voy a contar la anécdota con "el Pulpa" Etchamendi, porque ya lo he hecho en otras ocasiones.

Un día, iba en el asiento delantero del auto -lo que no era habitual porque, como dije, éramos diez hermanos- y me encontré con un libro de poemas que le había regalado Alba Roballo. De pronto Zelmar detuvo el auto y empezó a leer los poemas. Me sorprendí porque lo hizo como si se estuviera dirigiendo a un auditorio en el Colón.

No sé si esperaba aplausos, yo no los di porque estaba absorto escuchando a mi padre leer esos poemas, luego de haber parado el auto y dejando en pausa por unos momentos el destino hacia donde nos dirigíamos.

Hay que rescatar su relación con Mario Benedetti. To-

dos piensan que se juntaban a almorzar para hablar de política, pero era el tema que menos estaba sobre la mesa. ¡Vaya que la dictadura golpeaba! Sin embargo, se ponían a hablar de historia, de literatura, de filosofía. Yo no lo viví, pero estoy trasmitiendo alguna de esas imágenes en las cuales dos hombres, monstruos de la historia del país, se sentaban a hablar de temas que en algún momento hay que rescatar, sobre todo porque Benedetti está muy veterano.

Lo vi llorar, sobre todo cuando cambiaban a mi hermana Elisa de cuartel en cuartel. Lo vi con bronca, sobre todo, cuando no pudo rescatar de la tortura a Mauricio Rosencoff. Había hablado cada media hora con Bolentini, Ministro del Interior de aquella época -todavía no estaba la dictadura-, y en cada oportunidad le repetía: "Calma Zelmar, ese hombre va a estar libre". Hablaba sólo él y Bolentini escuchaba. Y lo vi golpear el teléfono cuando Bolentini le dijo: "Zelmar, no llame más". En el mismo cuartel que tenía el seudónimo de Rosencoff, él estaba detenido. Creo que una de las pocas cosas que nunca se perdonó fue el no haber podido rescatarlo de lo que fue un infierno.

Recuerdo su actitud cansina en Buenos Aires, no sé si porque ya estaba más viejo o por el dolor de la familia, de los compañeros. Caminaba más agachado, siempre con alegría, pero todavía lo recuerdo caminando, dirigiéndose al Liberty y saludando a todas las personas, porque él se hacía amigo de todos.

Naturalmente, muchos han hablado de la relación con Wilson y con "el Toba". Yo estoy trasmitiendo algunas fotografías de esos momentos para que se puedan llevar lo que tengo en mi alma y en mi corazón.

Vino lo que vino, no lo voy a decir, pero ese año 76 fue terrible, tanto para la familia Gutiérrez Ruiz como para la familia Michelini. No estamos emparentados, pero sí unidos por la sangre. Durante todos estos años las familias se vigilan, se protegen, se cuidan. ¿Cómo está Fulano? ¿Cómo está Mengano? ¿Cómo están los Gutiérrez? Siempre protegiéndonos, cuidándonos, siempre sabiendo los unos de los otros. Estas son las cosas lindas de la vida que me llevo. A todos nos va a pasar. No nos metemos; cada uno actúa con independencia. Matilde y Elisa, mi madre, han tenido instancias muy juntas como la del voto verde, y siempre protegiéndonos. Esas son las cosas que rescato, con las que le hicimos trampa a la dictadura.

Ese año 76 fue terrible, no sólo por el asesinato, sino por la desaparición de mi hermana Margarita y en un mes y medio Cecilia en Suecia, embarazada, saliendo a las corridas, Zelmarcito en Francia también corriendo, Margarita y Raúl Altuna desaparecidos, Pedrito -el primer nieto de mi padre- desaparecido por diez días -podría haber sido Simón Riquelo, vaya si hubiera sido más desgracia para la desgracia-, además con Elisa presa y con una situación económica increíble. Aquí déjenme levantar la vista por un segundo, así se me corte la voz, y decir: "La vieja aguantó; la vieja aguantó". Y eso, señor Presidente, uno lo tiene en el corazón.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

- Quiero terminar, señor Presidente -porque el homenaje y el recuerdo están hechos y expresada la sensibilidad-, diciendo que el mejor homenaje es la justicia, sin duda, pero todos estos hechos también son gestos y habrá que hacer muchos más. Tengo esperanza que haya otros, porque todo contribuye a ese sentimiento democrático que vamos afirmando y a ese sentido de paz y de libertad que ellos dos tenían. Todavía tengo la esperanza de que los Comandantes en Jefe, sin que los mande nadie -porque acá no hay que mandar a nadie sino que tiene que salir del propio sentimiento y del corazón- un día se cuadren frente a Matilde y frente a mi madre, hagan la venia y les digan que lo sienten. Sólo eso, que les digan que lo sienten. Me parece que todavía hay una deuda por parte del Estado uruguayo -más allá del tema de la justicia- de reconocer que eso nunca debió ocurrir y que todas las víctimas merecieron otra suerte, otra oportunidad, porque estaban indefensas.

Lo que decía el señor Legislador Heber en cuanto a que dentro de cien años todavía los estarán recordando, no es porque los hayan conocido sino porque representan la afirmación de que cuando perdemos los valores, la democracia y la posibilidad de solucionar nuestros problemas con el voto, pasan las cosas que pasan. Víctimas hubo de todos los partidos, bien lo sabe el señor Legislador Heber, con el que también hay una deuda pendiente por la muerte de su madre.

Termino diciendo que mi lucha por la justicia, la libertad y la democracia, no es ni siquiera por ellos, ni siquiera por los que estamos hoy acá, ni siquiera por el sentido de reafirmar esa libertad y esa democracia, sino por un sentimiento muy egoísta: lo estoy haciendo por mis hijos, pero no para dejarles un país mejor -claro que lo vamos a dejar- sino porque no quiero que ellos me miren a la cara y me digan: "No te animaste, no tuviste coraje y ahora nosotros tenemos que reclamar que haya justicia y que se sepan cosas que pasaron y que no se olviden de las víctimas".

Agradezco a todos de corazón.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

4) SE LEVANTA LA SESION

SEÑOR PRESIDENTE.- Se levanta la sesión.

(Así se hace. Es la hora 17 y 47 minutos.)

SEÑOR RODOLFO NIN NOVOA
Presidente

Arq. Hugo Rodríguez Filippini
Dr. Marti Dalgalarrondo Añón
Secretarios

Señora Nelly Tavares
Directora del Cuerpo de Taquígrafos del Senado

Corrección y Control
División Publicaciones del Senado

Dep. Legal Nº 211.038/06 - Central de Impresiones Ltda.